

MUJER

Revista del Mundo y de la Moda

Núm. 14

50 Céntr.



PROPIEDAD. DERECHOS RESERVADOS.

Ed. Saturnino Calleja

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL.

LA COCINA

Gran Enciclopedia gastronómica, publicada por la EDITORIAL "SATURNINO CALLEJA"



DOS TOMOS
175 grabados
6 láminas,

200 Sopas, consommés
y cocidos.
100 Guisos de huevos.
409 Pescados.
448 Carnes.
Infinidad de fórmulas
para tés, meriendas,
etcétera.

3.000

recetas

Definitivamente incorporadas
a la Ciencia culinaria.

PARA TODOS LOS GUSTOS
PARA TODAS LAS BOLSAS
PARA TODOS LOS CASOS

PARA MESAS LUJOSAS
PARA HOGARES MODESTOS
PARA RICOS O HUMILDES BOCADOS

PARA GRANDES COMIDAS
PARA ESCUETOS YANTARES

PARA HACER COMPATIBLES EL GUSTO Y EL GASTO



DOS TOMOS
1.076 páginas
de texto.

317 Caza y aves.
260 Verduras y le-
gumbres.
35 Arroces.
44 Ensaladas.
500 Dulces y postres.
Etc., etc., etc.

Señora...!

Ensaye usted este libro.

... y lo consultará todos los días
... y mejorará su mesa
... y reducirá su presupuesto.

Tan seguros estamos que devolveremos a usted su dinero si no comprueba que **LA COCINA** es el mejor, y más completo, y más útil, y más práctico libro de cocina.



PRECIOS DE LA OBRA COMPLETA:

18 pesetas en rústica con
cubierta en colores.

En tela, sólida encu-
dernación, pesetas

21



SE VENDE A PLAZOS

PÍDANSE CONDICIONES

A LA

EDITORIAL "SATURNINO CALLEJA" S. A.

CALLE DE VALENCIA, 28. MADRID

MUJER

Revista del Mundo y de la Moda

PUBLICACIÓN SEMANAL
NÚMERO 50 CÉNTIMOS

Año I.—Núm. XIV.

Miércoles 25 Noviembre 1925

Administración, cierre y talleres: SAN SEBASTIÁN

Administración, correspondencia y suscripciones: MADRID. APARTADO 447

EDITORIAL "SATURNINO CALLEJA", S. A. Calle de Valencia, 28

SUSCRICIÓN: ESPAÑA Y AMÉRICA: Año, 23 pesetas. Semestre, 12 pesetas :: OTROS PAÍSES: Año, 35 pesetas
CON SUPLEMENTO EN COLORES, 0,25 pesetas más al mes.

visitas
de mujeres



Africa Carvajal

SERÍA posible dar la idea de un pajarillo de lindo plumaje que se pasase la vida cantando, volando, saltando con inimitable y risueña ligereza, irradiando belleza y alegría, y, siendo pájaro bello, alegre y gentil, tuviese cerebro y corazón de mujercita inteligente, de mujercita buena?

Pues bien; este ser encantador,avecilla humana, niña de alada gracia, es Africa Carvajal, la bellísima y simpaticísima hija de los marqueses de Valdefuentes.

A las protestas con que acoje mi pretensión de interviú («¡Si yo no sé nada! Ni pinto, ni escribo, ni toco el piano, ni sirvo para nada...»), opongo resueltamente una afirmación rotunda:

—Me consta que es usted una actriz formidable.

He intentado sacar de mentira verdad, y lo consigo

con una facilidad que me avergüenza un poquito. El incauto pajarito cae de lleno en las redes.

—¿Lo dice usted por lo de Zarauz?

—¡Precisamente!, por lo de Zarauz lo digo; porque sé que allí representó usted un papel importante en... bueno, esa obra que... no recuerdo el nombre en este momento...

—¡Ah! sí, ¿La plancha de la marquesa?

—¡La misma!

—Verá usted; aquello fué porque se empeñó Cristina de Arteaga; ella y sus hermanos organizaron una función benéfica y pusieron en escena *Herida de muerte* y *La plancha*... ¡Cristina sí que trabaja bien!

—Como que me ha confesado que, puesta en el caso de ganarse la vida, se haría actriz.



—Y lo comprendo; tiene una seguridad, un aplomo asombrosos; en cambio, yo...

—¡No me va usted a decir que lo hace mal! —inquiero, no sin cierta inquietud por este retorno iniciado al terreno de la modestia.

—Muy mal, no; parece ser que no se me nota...

—¿El qué?

—¡El miedo! Un miedo horrible que paso cada vez que salgo a escena, pues ya he tomado parte en otras funciones; una vez, reprodujimos el cuadro de las *Quakers Girls*, que se representaba a la sazón en el Reina Victoria. Recuerdo que, de pequeña, en una fiesta, en la Embajada francesa, bailamos mi prima Marisol Portago y yo, jotas, sevillanas y otras danzas típicas. Siempre que he trabajado, ha sido en *petit comité*, y aun así me entra un pánico horroroso que me parece que me paraliza. Los del Infantado tienen el proyecto de repetir aquí, este invierno, en el teatro de la Princesa, la función que dimos en Zarauz; pero yo ya lo he dicho: ¡a mí no me pescan!

Y mueve su rubia cabecita con terrible energía.

—Y como espectadora, ¿le gusta el teatro?

—Cuando son obras cómicas, sí; voy mucho a ver la compañía Alba-Bonafé porque ponen cosas de Muñoz Seca, que me hace mucha gracia.

De repente se da un golpecito en la frente:

—¡Caramba! ¿Pues no le he dicho a usted que no sé nada?

—Sí; pero yo no lo he creído.

—Como que hay una cosa que hago bastante bien: nadar. La natación es mi deporte predilecto, y este verano he ganado una copa. ¡Figúrese qué orgullo para mí!

—¿Qué más cosas le gustan? ¿Bailar? ¿Coser?

—Coser, no; me parece aburridísimo. Bailar, sí, mucho; como a todas las muchachas.

—A todas, no. Las hay que no bailan.

—Bueno, eso será porque...

Se interrumpe y se echa a reír.

—¿Por qué? —insisto.

—¡Porque no las saquen!

—Y leer, ¿la gusta?

—Sí; pero figúrese que de autores españoles no conozco nada. ¡Es una vergüenza!

—¿Cuáles son los que lee?

—Los franceses y los ingleses. Franceses, pocos; solamente los de las colecciones completamente blancas;

no me consienten ni Bourget, ni Prevost, ni ninguno de esos. En inglés, sí me dejan leer autores un poco más de... persona mayor.

La miro con un poco de sorpresa, e interrogo perpleja:

—Y ¿por qué será eso?

—Pues verá usted...

Su boca esboza un mohín adorable de pilluelo malicioso; se inclina hacia mí y explica confidencialmente:

—Yo creo que esto es porque mamá entiende el inglés menos a fondo que el francés, y como antes de dejarme leer un libro lo lee ella, pues en inglés, claro, se da menos cuenta...

Y, algo asustada de esta picardía, exclama:

—¡Pero eso no lo diga usted!

—No, por Dios, ¡no faltaba más!

Y añado:

—Yo quisiera preguntarle a usted la profesión que escogería si tuviera que ganarse la vida; pero me va usted a decir que usted no sirve para nada, y me duele darla esta ocasión de mentir.

—¡Pero si de verdad no sé lo que haría, ni para qué serviría! —repite.

Mientras reflexiona, pienso que el embellecer y alegrar la vida es también cumplir una gran misión: la misión de las flores, por ejemplo.

Por fin, exclama la señorita de Valdefuentes:

—Sí, ya sé lo que me haría: manicura.

Al pedirle yo un retrato suyo y entregarme el que ilustra estas columnas, pregunto:

—¿Le gustan a usted los perros?

—Mucho; tengo dos *bassets* preciosos, madre e hija; a esta última la he criado yo con biberón.

—¿Cómo se llaman?

—*Sweetie* y *Pequeña*.

Y añado fieramente:

—¡Son descendientes de *Jacobo*!

—¿De *Jacobo*? —repito.

—Sí, de aquel famoso perro que tenía el duque de Alba. ¡Ya ve usted si son aristocráticas mis dos perritas!

—¡Ah! Ya lo creo; son lo que puede llamarse perros grandes... de España.

Ríe mi interlocutora gentilísima; como el gorjeo de un pajarito humano, se desgrana su risa fresca y clara.

CARMEN DE AVILA.

M U J E R, Revista del Mundo y de la Moda, ha publicado en su primer número los retratos y autógrafos de SS. AA. RR. LAS INFANTAS DOÑA BEATRIZ Y DOÑA MARÍA CRISTINA; y desde el primer número al presente, las VISITAS que siguen:

N.º 1 a CRISTINA DE ARTEAGA
(Hija de los Duques del Infantado.)

N.º 2 a MARÍA ROSA SAN MIGUEL
(Hija de los Marqueses de Cayo del Rey.)

N.º 3 a MARIA TERESA ROCA DE TOGORES
(Hija de los Marqueses de Alquibla.)

N.º 4 a NENETA LÓPEZ ROBERTS
(Hija de los Marqueses de Torre Hermosa.)

N.º 5 a JOSEFINA LÓPEZ DE AYALA
(Hija de los Condes de Cedillo.)

N.º 7 a BELÉN MORENES
(Hija de los Marqueses de Argüeso.)

N.º 9 a ERNESTINA DE CHAMPOURCIN
(Hija de los Barones Michels de Champourcin.)

N.º 10 a BLANCA DE BORBÓN
(Hija de los Príncipes de Borbón.)

N.º 11 a TRINIDAD Y MERCEDES TRAVESEDO
(Hijas de los Duques de Nájera.)

N.º 12 a CRISTINA LOYGORRY
(Hija de los Duques de Vistahermosa.)

N.º 13 a MARIA ROSA PÉREZ SEOANE
(Hija de los Condes de Riudoms.)

"SOLEDAD"



cuento por
María Teresa
Roca de Fogones

I

ESTABAN solos en la inmensidad sombría del jardín.
—Qué triste debe parecerse esto ahora —murmuró Sol—. Pronto sentirás el tedio. ¿Por qué has venido, Andrés...?

—¿No querías que volviese...?

—Los diez años de tu ausencia han sido bien elocuentes.

—Necesitaba ya tu mirada dulce y comprensiva, la piedad de tus manos.

Ella meditó caritativa:

—Te han hecho sufrir. ¡Pobrecito!

—Hace tiempo que no tengo ni fuerzas para sentir.

Volvían por la calle de los álamos, camino de la torre.

—¿Te acuerdas? —añoró Sol—. Este era tu paseo preferido. ¡Cuánto tiempo ha pasado desde entonces! Después se quedó la casa tan vacía con tu marcha, con la muerte de abuela Isabel. ¡Dios mío, cómo ha cambiado todo!

El desmintió:

—Yo soy el mismo de entonces.

¡Entonces...! Sol quedó pensativa y él sintió que un vapor de lágrimas le subía a los ojos. Entonces era un chico soñador y taciturno. Su adolescencia se había deslizado silenciosa entre los muros grises del palacio y el romanticismo del viejo jardín señorial, donde los álamos proyectaban la sombra de sus hojas en las páginas de Becker, Byron o Musset. Libros de la antigua biblioteca, en los que, a veces, dejaban alguna flor descolorida las manos de la prima Soledad. Andrés adoraba aquellas manos de virgen, sobre todo cuando cerca del ventanal azul bordaban con hebras de oro el brocado de las tapicerías, y a la caída de las tardes resucitaban en el piano el alma de Chopin. El tacto de aquellas manos había venido muchas veces a visitarle en sus noches de insomnio, allá en la capital, cuando en los tiempos de estudiante alternaba los libros de texto con las *Memorias del marqués de Brandomin* y las novelas de Paul Morand. Ahora, aquella época de su vida de niño rico y neurasténico apenas si pasaba como una visión remota e imprecisa, algo así como una amalgama de luz y de sombras, de perfumes malsanos, de vahos de alcohol y músicas lánguidas y nostálgicas.

II

De nuevo habló Sol:

—Pronto volverá también Rosarito.

El se disculpó:

—Ya ves cómo estaré que ni siquiera me acordaba de ella. Era tan pequeña cuando yo me fuí...

—No le llevo más que cinco años

—Es verdad; ¡pero ocupó tan poco en mi vida!

Ahora se acordaba vagamente de que llevaba unos bucles rubios y era alegre y locuaz como todas las niñas de su edad y, como todas, casi siempre, inoportuna. Sol siguió:

—Ahora es preciso que la quieras... mucho.

—¿Tanto como a ti...?

Bajó los párpados y quedó silenciosa. Volvían por la calle de los álamos, penetrados por la luz melancólica del anochecer.

III

Como al entrar en la habitación viese que su prima no estaba sola, volvió a salir apresuradamente.

—¡Andrés! —llamaron desde dentro—. ¿Pero no me reconoces, hombre? ¡Soy Rosarito!

—Perdona, prima; pero no te reconocía —confesó mientras le estrechaba las manos.

—¿Me imaginabas todavía con el delantal y los bucles a la espalda?

—No sé; pero no te imaginaba tan cambiada... ni tan guapa.

Se echó a reír con una coquetería de colegiala.

—Es que hace un siglo que no nos hemos visto. ¡Diez años, figúrate! Todos los veranos te esperábamos; pero siempre escribías algún pretexto para no volver. Ahora es preciso que me acompañes en mis paseos a caballo, porque como Sol es así... Jugaremos al *tennis*. Verás, lo vamos a pasar muy bien.

Andrés había buscado la mirada de Sol, después de encontrar la de Rosarito.

—¡Qué diferentes sois! —no pudo menos de juzgar.

IV

Y no volvieron más las veladas junto a la chimenea cuando, con los codos sobre las rodillas y la cabeza entre las manos, Sol contemplaba absorta los cambiantes de la lumbre mientras cerca de ella Andrés repasaba en su libro *Al final del camino* los diferentes estados de ánimo de su vida pasada.

«... Y hoy, peregrino del destino,
ni sé reír ni sé llorar.
Casi al final de mi camino
no traigo nada que contar.»

V

Sin saber por qué, aquellos ratos de intimidad no habían vuelto a repetirse con la presencia de la recién venida en la vieja casa. Después de la cena Sol se retiraba temprano y ellos dos se quedaban divagando bajo la gran pantalla verde que utilizaba la mirada de Rosarito. Era el epílogo del día, de los largos paseos a caballo por la montaña, cuando en la claridad de las mañanas la risa de «la prima bonita» convidaba a vivir.

VI

—¿Sabes, Sol, que hoy me escribe Jack? No sé si te he hablado ya de él. Pues Jack es un muchacho que este invierno, en Madrid, me ha hecho una corte decidida. Los tíos le convidaban mucho a tomar el té cuando yo salía del colegio. Estuvimos unos días tonteando, y luego, al venirme yo, la cosa quedó así... Ahora me dice que acaba de heredar a un tío suyo y que quiere casarse conmigo. Yo le voy a contestar que bueno; que desde luego.

—Sol quedó sorprendida ante estas declaraciones.




—¿Pero entonces es que no quieres a Andrés?
 —No es, ni mucho menos, el ideal para marido. Andrés es un *blásé*. Me moriría de tristeza si me casara con él. Jack, en cambio, es alegre, optimista, ¡y es de un elegante!, y además me quiere.
 Amargamente aseguró Sol:
 —Y Andrés también.
 —Sí, le gusto; pero a mí quien me gusta es Jack.
 Sólo le quedaba a Sol por preguntar:
 —¿Lo sabe ya Andrés...?
 —Sí; ya se lo he dicho.

VII


La presencia de su primo no le había hecho levantar los ojos de la casulla que bordaba.
 —¿Qué haces, Soledad?
 —Ya lo ves.
 Sentada junto al ventanal, por el que la tarde entraba azul, pare-

cía más blanca, más inmaterial que nunca. El se había hundido en un sillón próximo al de ella.
 —¿Te falta mucho?
 —Quisiera dejarlo hecho antes de irme.
 Presintió algo muy triste.
 —¿Irte... dónde?
 Y Sol había querido sonreír.
 —¿No sabes que dentro de poco llevaré el velo de novicia?
 El sintió que algo muy grande se desvanecía en su vida, como el fracaso de todos sus sentimientos, de su alma toda.
 —¿Y sabes lo que vas a hacer?
 —Hace tiempo ya que lo tengo pensado.
 Gimió:
 —Entonces es que nunca me has querido...
 Y continuó el silencio, en el que se presentían las lágrimas.
 Imploró todavía:
 —¿Por qué me dejas, Sol? ¿Por qué te vas...?
 Ella ensayó una sonrisa triste al bajar los párpados húmedos:
 —Porque Dios lo quiere..., que por algo me llamo Soledad.

F I N



los niños auténticos



Publicaremos en esta Sección los dichos y hechos infantiles graciosos, conmovedores o interesantes que, tomados de la vida real, nos envíen nuestros lectores.

Feri ve almorzar a papá, que saborea con fruición manjares vedados a su estomaguito de tres años no cumplidos, y que a sus reiteradas peticiones opone un severo: «Esto no lo comen los niños».

La otra tarde llega papá en el momento en que el niño se dispone a despachar el platito de maltarina que constituye su merienda, de la que papá, fingiéndose hambriento, muestra querer participar; pero Feri protesta diciendo grave y ceñudo: «Éto no o pomen os papás».

□ □ □

Feri oye comentar a las criadas la prolongada ausencia de su tío, que desde la víspera falta de su casa. Una de las fámulas contesta a la otra que se pregunta, entre aspavientos, dónde podrá estar el señorito: «Andará de juegucecita».

Horas después, la mamá de Feri espera inquieta a la abuelita, que ha salido sola y tarda en volver. Llena de ansiedad exclama: «¿Pero dónde estará?» Y Feri, muy convencido, afirma: «Andalá de jueguesita».

□ □ □

Cuchi (cinco años) va a almorzar a casa de unos amiguitos. Al enviarla con la criada, mamá la lee la cartilla: «Comerá lo que le den; si algo no le gusta, no lo dirá y no pedirá nada».

Llegada la hora del almuerzo, ve Cuchi que ponen en la mesa una fuente de espárragos a la andaluza. Cuchi aborrece los espárragos; pero recordando el encargo de mamá, se lo calla; sólo dice con indiferencia y como quien no quiere la cosa, mientras la señora de la casa le hace plato: «En mi casa cuando hay espárragos, me dan una tortilla».

MAREL.

□ □ □

Un señor lleva su hija a pasar en Sevilla los días de feria.

Estando en el Parque de María Luisa se cruzaron con una familia amiga, a la que van a visitar después, siendo invitados los forasteros a dar un paseo en auto al día siguiente.

Llegada la hora de reunirse con los invitados, la señora sevillana indica a sus dos hijas menores (seis y cuatro años) que aquella tarde no podrán ir con ella al Parque, pues les acompañarán los señores de X. La pequeñita recibe la noticia y se pone a llorar, en vista de lo cual la mamá, después de varios razonamientos persuasivos y como premio para que cesen sus lágrimas, le entrega una monedita de dos reales para su hucha, consiguiendo con este obsequio su propósito de tranquilizar a la niña.

Se dirige al coche, y después de despedirse cariñosamente de las pequeñas indica al «chauffeur» la dirección, en cuyo momento la menor se acerca al auto, y llorando resignadamente le dice a su madre: «Mamá, toma los dos reales, prefiero llorar».

□ □ □

Al ordenar una biblioteca, L. C. encuentra unos números atrasados de revistas extranjeras y se las regala a su sobrinita P. (cuatro años) para que se entretenga viendo las estampas.

Después de jugar un rato, la niña se va de paseo, y L. C. aprovecha su ausencia para ordenar que recojan y tiren los papeles que la pequeña ha dejado rotos y esparcidos por el suelo de la habitación.

Pero, a su regreso, la niña pregunta por «los libros», y su tío, perplejo, no atreviéndose a confesar lo que ha hecho, le afirma que «los ha enviado a la casa de Málaga». Allí, en efecto, vivió la niña con sus padres antes de venir a Madrid.

P. queda atónita.

—¿A Málaga? —repite—. ¡Si nuestra casa de Málaga la han rotol!

—¿Cómo que la han roto?

—Claro —afirma P. muy convencida—. No han dejado más que los suelos.

□ □ □

P. (cuatro años) examina con detenimiento un zapato de su madre. Y pregunta:

—Mamá, cuando yo sea una señora como tú, ¿me pondrán en los zapatos estas maderas?

F. S. B.



MONINA

NOVELA

POR

CY P

(Continuación.)

para mí y la reprocho un tanto que venga a turbar la intimidad que tan feliz me hubiera hecho.

—Pues concluirás por pensar que es la madre de tu marido, que él la quiere y que tú también debes quererla por amor a él.

—Tienes razón. Quisiera parecerme a tí, Monina. Eres mejor que yo.

—Sí, hija, soy un ángel; convenido.

—Bromeas, pero es verdad.

—Y dime, ¿no va a entristecerte estar separada de tu novio toda esta semana que piensas dedicarme?

—No. Además vendrá a verme con papá, si tu abuela lo permite. Y también tiene que ir algunos días a París.

—Mientras yo te zarandeo de un lado a otro, como una atolondrada que soy, sin pensar en el pobre mozo, desolado de fijo por tu ausencia. Volvamos, si quieres.

—Con mucho gusto.

—Monina deslizó entre sus largas pestañas una mirada brillante, y dijo con cierta indiferencia:

—Explicame qué incidente puede haberte sugerido la idea famosa de que Juan de Blaye me ama.

—La manera de mirarte durante el almuerzo, y su excitación cuando esta mañana te esperábamos en la escalinata y te ha visto llegar con Jonzac hijo, y con su profesor.

—Eres demasiado viva de imaginación.

—No; estoy segura de que te ama. Y mucho. ¿Y tú?

—¿Yo?

—Sí. ¿Tú no le quieres?

—No. Al menos en el sentido que dices. Es mi primo y le quiero como se quiere a un primo muy simpático, pero al que se conoce demasiado para quererle de otro modo.

—¿Qué lástima!

—¿Por qué?

—Porque me parece que habías de ser feliz con él.

Monina meneó la cabeza:

—No lo creo. Necesito un marido más formal que Juan.

—¿Más formal? Pues ya tiene treinta y cuatro o treinta y cinco años el señor Blaye.

—¿Qué importa! No es formal, no; te lo aseguro.

—¿Ah! No sabía.

—Yo quiero un marido que no ame a nadie sino a mí.

—Bonita y seductora como eres, puedes estar bien tranquila.

Monina se detuvo en medio del paseo, e indicando la avenida, preguntó:

—¿No es aquello un coche, allá lejos?

—Sí que lo es.

—¿Un coche de qué clase? Yo no distingo bien. ¡Soy tan miope...!

—Un factón de dos caballos. Y le guía un señor a quien no conozco.

—¡Justamente!

Y como Juana se la quedase mirando, añadió:

—Es el señor de Clagny, un amigo de mi abuela; el propietario de la Noriniera.

—¡Yal! ¿Ese señor tan rico?

—¿Tan rico? ¿Lo crees tú? Yo no he oído hablar una palabra de ese asunto.

—Sí, mujer. Una fortuna enorme; toda en tierras.

Monina ya no la escuchaba. Había cogido una margarita que se abría en el césped y la deshojaba distraída.

—Bueno —preguntó Juana, sonriendo—.

¿Cuánto te quiere?

Monina alzó su linda cabecita y exclamó sorprendida:

—¿Quién?

—Ese por quien interrogabas a la margarita.

—No lo sé. No preguntaba por nadie.

—¿Y qué te ha respondido?

—Apasionadamente.

—Pues ha respondido por todo el mundo.

Y subiendo detrás de su amiguita los peldaños de la escalinata, añadió:

—Es verdad: todo el mundo te quiere, porque te lo mereces.

Cuando las jóvenes entraron en el salón, los rostros, un poco soñolientos, se reanimaron súbitamente. Enrique de Bracieux murmuró un: ¡«Al fin... gracias a Dios!» que hizo a su abuela mirarle a hurtadillas, en tanto que el señor de Clagny vino, casi corriendo, al encuentro de Monina.

—¡Muy bien! —dijo amablemente la joven—. Es encantador, por su parte, haber vuelto a visitarnos tan pronto.

—Demasiado pronto. Van ustedes a estar de mí hasta la coronilla.

—¡Nunca! —repuso Monina, muy risueña.

Luego, tomando a Juana de la mano, la presentó:

—Juana Dubuisson, mi mejor amiga... a quien voy a perder porque se casa.

—¿Por qué dices eso, mujer? Tú sabes que casada o no, siempre seré tu amiga.

—Sí, eso se dice, pero no es así. En cuanto una se casa, ya no se es de los padres ni de las amigas, sino del marido; sólo de él.

El señor de Clagny dijo a media voz:

—¡Qué hermosas ilusiones!

Repentinamente, Monina se volvió hacia él y le preguntó:

—¿Qué dice usted?

—¡Una tontería!

—No. He comprendido que se burlaba de mí. Sí, sí..., mueva usted la cabeza; lo mismo me dá. Ya sé que se reía de mí. Y todo porque he dicho que en cuanto una se casa ya no es más que del marido. Puede que sea ridícula, pero es mi opinión; y apostaría que también la del señor Spiegel.

El joven se inclinó sonriendo, sin responder.

Monina prosiguió, dirigiéndose siempre al conde:

—¿No le han presentado al señor Spiegel, verdad? Voy a reparar ese olvido... El señor Spiegel, prometido de Juana..., que no se atreve a sostener que tenga razón por falta de fuerza, siendo aquí el único casado... o en vísperas de serlo.

—¿Y Pablo? —dijo riendo la marquesa.

—¡Pablo! ¡Ah, sí, es verdad; no me acordaba de él! De todos modos, dominan los no casados... Enrique, Pedrito, el abate, el señor Giraud, Juan... Pero, ¡calla!, ¿qué le pasa a Juan? ¡Bonita cara!...

Juan de Blaye, sentado en una butaca de mimbre, con los ojos medio cerrados y la cabeza apoyada en la mano, parecía dormitar.

—Me duele la cabeza —dijo.

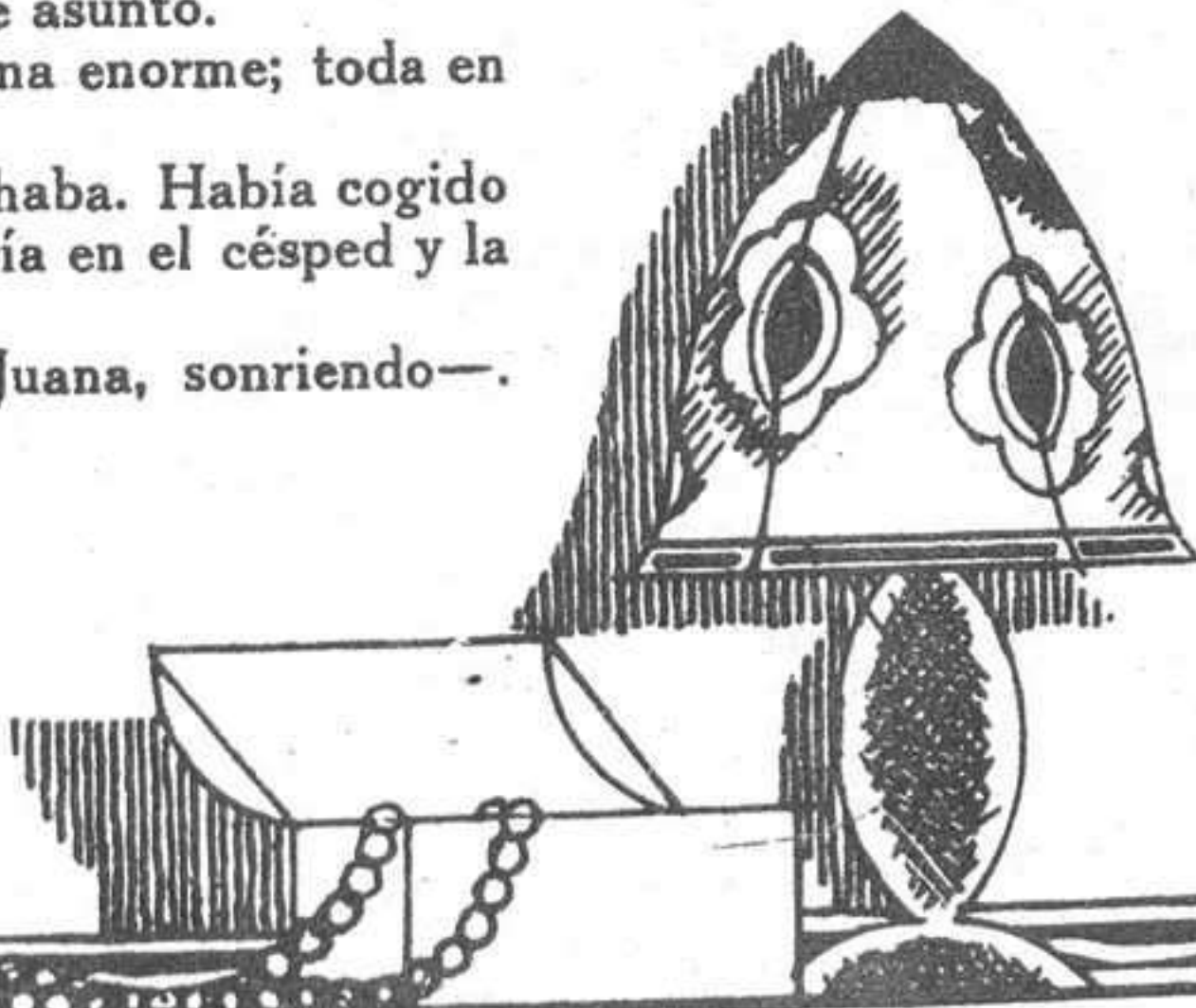
Y como ella insistiera, interrogándole para saber cómo había sido eso, le respondió displicente:

—¡Bah! ¿Qué? Es jaqueca. ¿Sabe nadie cómo viene? ¡Se presenta como puede, y ya está!

Monina se encontraba detrás del sillón donde descansaba su primo. Sin hacer caso de sus malos modos, le dijo, fijándose más en el rostro pálido, las facciones contraídas y los ojos cargados:

—Debes de estar muy malo, muy malo, para tener semejante cara..., y sobre todo, para confesar que te pasa algo, tú que te las echas de hombre fuerte... ¡Pobre Juan..., yo que quisiera verte tan bien...!

Y poco a poco se inclinó y posó suave-



mente los labios en los párpados amoratados del joven, permaneciendo así unos momentos.

Juan de Blaye palideció; luego se puso encarnado y se levantó bruscamente:

—¡Me has asustado! —dijo molesto, incierta la mirada—. ¡Qué cosa más estúpida...! No te veía..., y, claro, me ha sorprendido.

El señor de Clagnay también se levantó, con cierta cólera, al ver a Monina acariciar a su primo. Pero comprendiendo todo lo ridículo de su emoción celosa, volvió a sentarse, refunfuñando irónicamente:

—Si esa medicina no hace efecto, es que la enfermedad de Blaye es incurable.

El señor de Rueille contempló con envidia a Juan, que salía del salón, y, dirigiéndose a Monina, le dijo con voz enronquecida:

—Cuando yo tengo jaqueca, y me pasa desgraciadamente muy a menudo, no es usted tan compasiva...

Giraud permanecía petrificado en la sillita donde estaba sentado. Fijos los ojos en el suelo y apretados los labios, parecía no haber visto nada.

Pedrito, exclamó francamente:

—¡Ya tiene suerte ese animal de Juan...!

—¡Sin duda, sin duda! —respondió convencido el abate Courteil—. Aun así le seguirá doliendo la cabeza al pobre señor. Yo conozco bien la dichosa jaqueca.

La marquesa cuchicheó al oído de Bertrada, mientras miraba a Monina con el rabillo del ojo:

—Es deliciosa esta pequeña, y buena..., ¡una criatura! ¡Con qué sencillez ha dado un beso a ese simple de Juan... que se ha asustado!

—¡Asustarse...! Se ha emocionado el pobre y ha querido explicar su turbación; eso es todo.

—¿Crees tú...? Es tan especial, que con él no se sabe nunca...

—¿No ha visto usted cómo ha salido en seguida, sin decir siquiera adiós al señor Dubuisson y al señor Spiegel, que se marchan?

La marquesa se volvió hacia los dos hombres, que se acercaban a saludarla:

—Puesto que aquí queda Juana, espero que vendrán ustedes a menudo a verla...

Monina preguntó a su amiga:

—Supongo que no te molesta quedarte en Bracieux. No te guardaré rencor porque prefieras a tu novio más que a mí; ya lo sabes.

—Spiegel tiene necesidad de pasar algunos días en París —dijo Dubuisson—; a su regreso vendremos los dos a buscar a Juana.

Juan de Blaye, al salir del salón momentos antes, experimentaba un doloroso malestar.

El inocente beso de Monina, aquel beso dado tan francamente delante de todo el mundo, le había revuelto, despertando bruscamente el amor que deseaba adormecer con las tiernas caricias de la señora de Nezel.

La víspera decía a la joven, que se estrechaba con él, estremeciéndose:

«¿Puedo querer, como a tí te quiero, a esa niña a quien no he tocado ni la punta de los dedos?...» En aquel momento se sentía otra vez envuelto poco a poco en las sensaciones apasionadas y profundas que su amor a Monina no podía proporcionarle. Y de pronto, al día siguiente de aquel en que esperaba olvido, en que se explicaba casi tranquilo la causa de este olvido, esta causa desaparecía, dando lugar a una perturbación tan grande, que le dejaba sin fuerzas para la lucha. Sus deseos, transformándose, se aumentaban, en tanto que la tierna y pálida imagen de la amante, tanto tiempo adorada, se alejaba para no volver quizá. Comprendía que ya no debía intentar retener por más tiempo el amor de la señora de Nezel, siéndole imposible corresponderla. Y pensando en el afecto aquel tan entrañable, donde refugiaba su corazón en los días tristes, se echó a llorar. Hacía ya cuatro años que la joven le había entregado toda su vida, toda su alma, cuanto en ella había de delicado y exquisito. Y mientras la tía de Bracieux, tío Alejo, los Rueille y toda la familia, le creían de francachela, él vivía una vida retirada y tranquila, organizada en la sombra, al lado de la vida exterior que todos conocían y criticaban. ¡Y no había más remedio que renunciar a esta vida de paz y tranquilidad!

¿Por qué? ¿Es que pensaba decidirse a confesar a Monina su amor? Y aun suponiendo que ella no le rechazase, ¿se encontraba él en situación de casarse con aquella figurina, creada para la suntuosidad y el lujo? Muchas veces había pensado en ello y siempre se había dicho que era una absurda locura. Además que Monina no le amaría nun-

ca hasta el extremo de aceptar aquella mediocridad tranquila.

Como había prometido a la señora de Nezel ir al día siguiente a Pont-sur-Loire, le puso dos letras excusándose. Al cerrar la carta, pensó: «No creerá en el pretexto que le doy... pero comprenderá... y terminado...»

De improviso se sintió solo, muy solo. Tuvo la percepción clarísima de lo que su vida iba a ser en adelante, y se estremeció de dolor.

Mientras alambicaba en su pobre cabeza maltratada tantas tristezas, Monina, instalando a Juana Dubuisson, afirmaba:

—Tú sueñas, mujer; te digo que sueñas. Me quiere... como se quiere a una prima... o a una hermana.

—¡No! No había más que verle la cara al salir del salón. Estaba trastornado. Y de seguro lo está aún.

—¿Quieres que vaya a preguntarle...? A propósito, son las siete; no nos queda más tiempo que el de vestirnos. Volveré por tí al primer toque para la comida.

Cuando Monina, sencilla siempre, pero elegantísima, salió de su cuarto, el gran corredor del principal estaba oscuro y silencioso. Cada cual estaba en su habitación arreglándose para la velada. Los criados habían cerrado las persianas, sin encender aún las luces.

Juan, que salía de su cuarto, distinguió cerca de él, en la sombra, una silueta blanca, a la cual se acercó presuroso.

—¿Eres tú, Juan? —preguntó Monina, pues ella era.

—Sí, yo soy. Y quisiera decirte una palabra.

—Pues que no sea muy larga, porque ya ha sonado el primer toque para la comida.

—Será muy corta; pero deseo que nadie la oiga más que tú.

—¿Quieres que entremos en tu cuarto o en el mío?

—En el tuyo, puesto que estamos a la puerta.

Monina abrió, y cuando Blaye estuvo dentro, le dijo:

—Espera, no te muevas; para que no tropieces voy a dar luz...

El la detuvo.

—No merece la pena..., sé hablar sin ver; además, seré breve. Quiero decirte, Monina, que lo que has hecho hace un momento..., ya sabes...

Ella pareció recordar.

—¿Hace un momento...? ¿Qué he hecho...?

—Me has besado cariñosa..., ¡oh, muy cariñosa...! Y eres ya muy crecida para hacer eso... delante de gente...

—¿Y cuando no hay nadie, puedo...? —preguntó ella riendo—. ¿Puedo hacerlo entonces, dí?

Antes de que él tuviera tiempo de responder le cogió por los hombros, acercándole los labios. Monina dejó oír una especie de quejido cariñoso y tímido, que le emocionó profundamente. Decidido ya a explicarse, quiso atraer hacia sí a la joven; pero ésta rechazó las manos que intentaban retenerla y se lanzó afuera del cuarto. El roce ligero de su vestido en la pared le hizo comprender que se le escapaba.

X

Al día siguiente llegó la tía Rafut. Monina pensaba ocuparla una semana y se sintió contrariada cuando ella le anunció que sólo cinco días, pues el teatro reanudaba sus tareas el primero de septiembre y tenía que volver a sus funciones de camarera. Juana se ofreció entonces a ayudarla, y Monina aceptó.

—Es una excelente idea. Así no nos aburriremos y charlaremos sin ocuparnos de la Rafut.

Y el mismo día, mientras la marquesa y la señora de Rueille iban a su «ronda de visitas», como decía Juan de Blaye, ellas se instalaron en el estudio de Monina, convertido en cuarto de costura.

—¿Irás al baile de las carreras...?

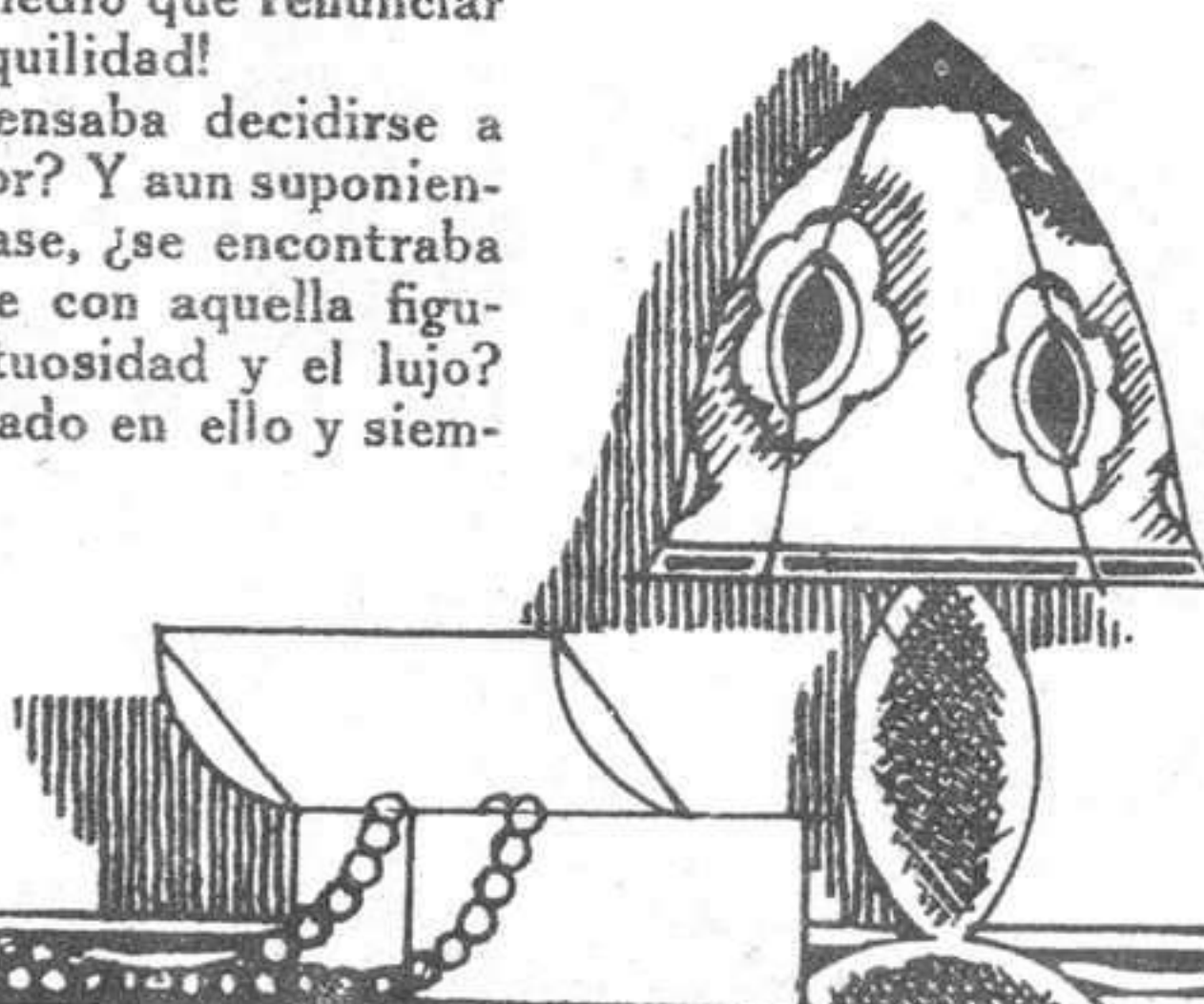
—Sí —dijo Juana—; parece ser que habiendo sido ya pedida, no está bien visto; pero iré de todos modos, porque mi novio quiere verme en traje de etiqueta... y, además, bailar conmigo. Y baila muy bien, no puedes figurarte.

—¡Eh! ¿Con ese aspecto tan austero? ¡Vaya, vaya, veo que el casarse con un protestante no tiene nada de particular!

—Absolutamente. Yo, sin ser devota, soy católica convencida; y él, sin ser devoto, es ferviente protestante. Cada uno de nosotros tenemos apego a nuestra religión, que no cambiaríamos por nada del mundo, pero sin la menor pretensión de convertirnos uno a otro.

Y como Monina no contestase nada, añadió:

(Continuará en el número próximo.)



Sección compuesta y redactada en París bajo la dirección de Madame Martine Renier redactora Jefe de la Moda en FEMINA de París

LOS GRANDES MODISTAS

No se trata, claro está, del tafetán rígido y quebrado de otros tiempos, sino de un tejido sumamente flexible que tiene reflejos casi luminosos. Se hacen con él encantadores vestidos de muchacha, en rosa o azul pastel, muy sobriamente adornados.



DRECOLL

Vestido para bailar, de tafetán rosa. El cuerpo, ligeramente «drapé», cruza a un lado. Una flor de masetina de seda adorna la falda, que es bastante amplia. Es de notar que el tafetán ocupa un lugar cada día más preeminente en la moda.



JEAN PATOU

Abajo, a la izquierda, vestido de raso marfil adornado con «strass» y perlas. El delantal, muy amplio, forma en el centro un pico que llega hasta el borde del vestido. El vestido no es recto como se hacían antes, sino bastante «en forma».

JEAN PATOU

De estos dos modelos, el de la derecha es un abrigo de terciopelo rojo con «vison». En el bajo, la piel forma grandes canelones que dan vuelo a la prenda sin restarle ligereza. Tal es la flexibilidad que se le da a esta piel.



JEAN PATOU

Los abrigos de terciopelo negro son de una gran elegancia, y este modelo tiene, verdaderamente, un corte perfecto. Por delante cae recto, y un enorme canelón postizo le da vuelo a un lado. El cuello de armiño es amplísimo y grueso, y se estrecha por delante. Los puños, de una forma muy nueva, llegan hasta el codo.

JEAN PATOU

Abrigo de calle, de «paño kasha», azul. Los dos canelones muy tupidos que le dan el vuelo son bastante cortos, y la franja de piel de «renardeau» que los bordea llega exactamente al nivel de la que bordea el abrigo. Unos puños de la misma piel y unas puntas respunteadas adornan las mangas.



LUCIEN LELONG

Abajo, a la izquierda, encantador traje de día, de «charmeline». Las tablas van dispuestas por grupos, y un ligero bordado de «camaiéu» forma dos pequeños motivos a la altura del talle. En el cuerpo, van incrustadas unas tiras del mismo tejido que el vestido, pero en sentido contrario. El cuello y los puños son de muselina blanca y la corbata es de terciopelo negro.

LUCIEN LELONG

Al lado del modelo anterior, traje de «reps» color «beige», que puede servir para deportes o para llevarlo por las mañanas. Dentro de su sencillez, ofrece la nota muy particular de la pegadura de la falda. El cuello tiene una «allure» muy deportiva. Los puños son de piqué blanco y la falda está formada por anchas tablas huecas.



CALLOT

De los dos modelos que aparecen arriba, el de la izquierda es un traje de terciopelo negro que forma una túnica. Las tablas van dispuestas por delante, en grupos. Un poco de encaje blanco adorna las mangas y la echarpe. Es una idea original y graciosa que pone una bonita nota clara sobre el conjunto sombrío del vestido.

MARTIAL ET ARMAND

El segundo modelo de los de arriba, es un traje de «reps» encarnado que tiene el vuelo a los lados. Este vuelo está constituido por un grupo de canelones que se inicia bajo un bolsillo de cuero cuadriculado, oro y negro. Idéntico cuero forma el cuello y los puños. Se ha creado hace poco un nuevo cuero de oro moaré muy original.

LOS SOMBREROS

JANE BLANCHOT

El sombrero de tamaño regular gana terreno; pero aún no se ha generalizado, y principalmente lo llevan mujeres elegantes que cambian de tocado con frecuencia. Este modelo es de terciopelo azul, con un pequeño bordado de cordoncillo de oro.



LEWIS

Sombrero de terciopelo negro, enteramente bordado a punto de zurcido, con una estrecha trencilla de cuero; esta misma trencilla forma por detrás un grueso borbón. El ala del sombrero va ligeramente vuelta por delante.



JANE BLANCHOT

Sombrero de fieltro verde almendra, con la copa bastante alta y el ala ligeramente vuelta a un lado. En la copa van abiertos dos ojales, de los cuales salen dos puntas del mismo fieltro sujetas por alfileres de «strass».



JEAN PATOU

En proporción con el aumento de vuelo de los vestidos, aumentan también las dimensiones de los sombreros. Como en este tiempo es difícil llevarlos con el ala ancha, se ha tomado el partido de hacer las copas más altas. Este modelo es de felpa negra, muy flexible.



MARIA GUY

Esta tentativa de adorno opera una diversidad en la sencillez habitual. En un sombrero de fieltro verde, un pájaro levanta ligeramente un ala.



LEWIS

Una de las fantasías actualmente más en boga es la del sombrero sumamente flexible, que se pliega, a voluntad, por medio de dos gruesas agujas. Este modelo es de un tono gris verde, que se lleva mucho ahora.



JEAN PATOU

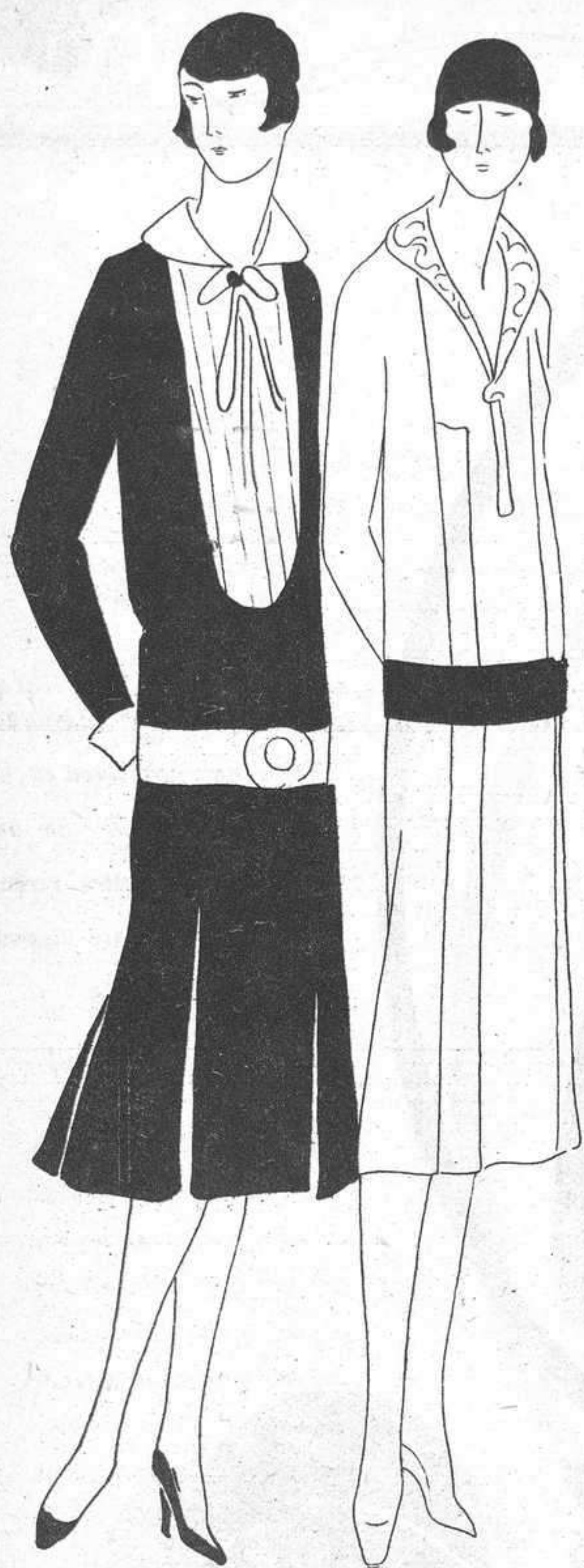
Los sombreros de vestir que se hacen en estos momentos son por el estilo de este modelo de terciopelo encarnado oscuro, adornado con un tipo de «crosses» del mismo color. Resulta no menos bonito, y es más fácil de llevar, en terciopelo castaño claro u oscuro.



LEWIS

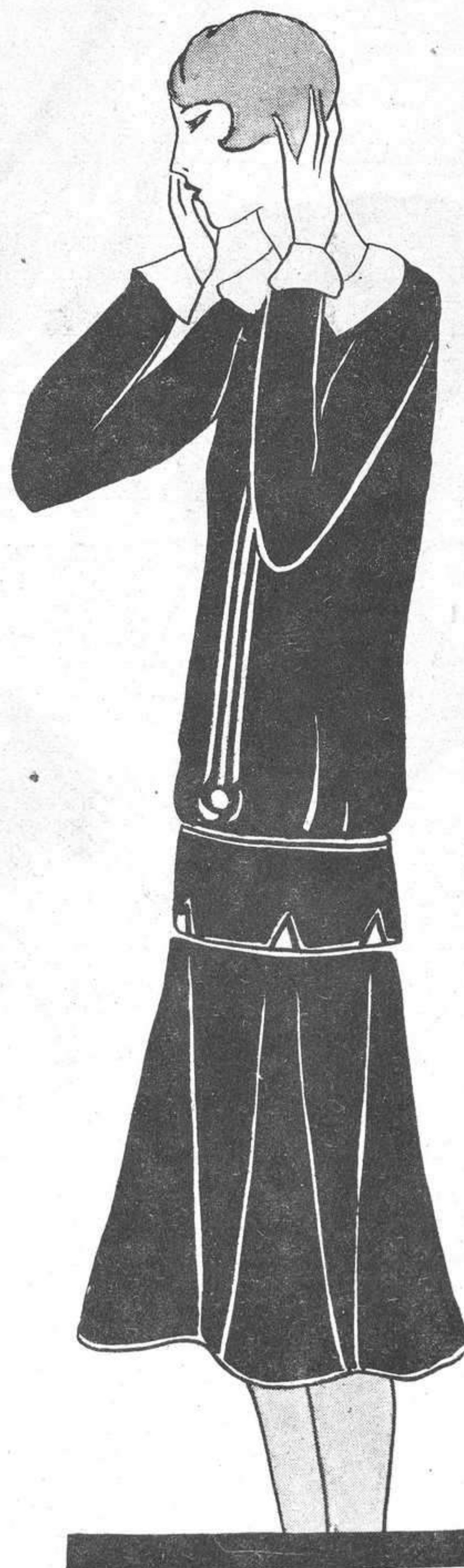
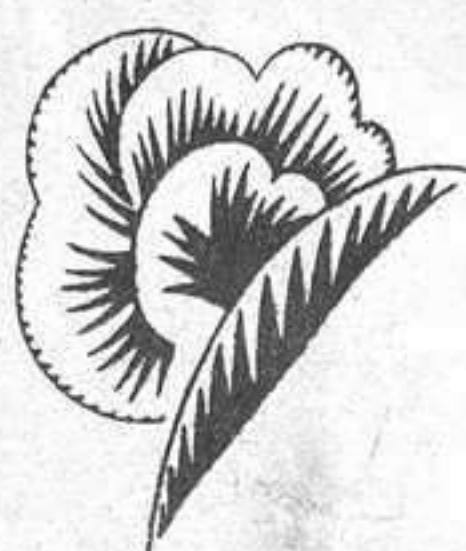
He aquí una fantasía divertida: sobre una «toque» de terciopelo negro, Lewis ha colocado un borde ribeteado de cuero dorado; este borde figura que pasa por una hebilla fingida, bordada con idéntico cuero. La copa es redonda y bastante alta.

VESTIDOS DE TERCIPELO



Muchos vestidos de terciopelo negro van abiertos sobre un chaleco de «organdí» o de crespón blanco, que forma contraste con el cálido tejido del traje. En estos casos, la cintura se hace blanca o negra. En el modelo que aparece a la izquierda, las tablas de la falda van forradas de raso blanco, que se muestran al andar.

El segundo modelo es de terciopelo gris-rata, y lleva un estrecho cuello de encaje de plata. Un cordoncillo, cubierto del mismo terciopelo, subraya las costuras; los puños, ligeramente «evasés», son de encaje de plata. Es de notar que los encajes metálicos, actualmente en boga, son muy mates, y toman, a veces, los tonos del estaño.

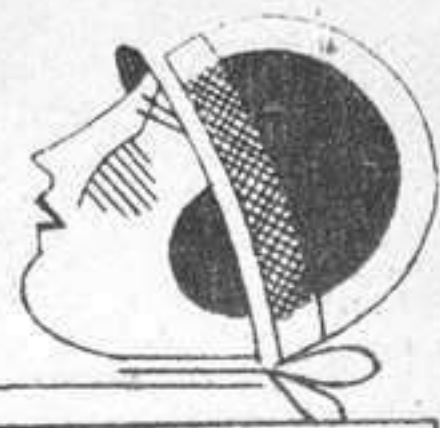


Los vestidos de terciopelo son tentadores y muy propios para realzar la belleza femenina. El gran modista Patou me decía hace poco: «No hay mejor estuche para una mujer bonita.» La elección de estos trajes exige, no obstante esto, algunas consideraciones previas, y no conviene olvidar que el terciopelo de seda es muy frágil y reserva a veces a las incautas sorpresas desagradables.

Para los abrigos se ha inventado el recurso de bordarlos con respuntes, que forman dibujos de *matelassé* y protegen la tela; pero este medio no puede aplicarse a los vestidos. Por lo tanto, si os gusta el terciopelo de seda, habréis de cuidarlo mucho y, sobre todo, conocer la manera de quitarle las arrugas. Para esto, se coloca sobre la parte que se quiera planchar un paño muy húmedo, que se sujeta por los bordes entre dos personas, a fin de que no toque el terciopelo, y que se plancha con una plancha muy caliente. El pelo chafado vuelve a enderezarse rápidamente.

Esto no rige con la pana inglesa, que es muy resistente y mucho más fácil de llevar que el terciopelo de seda. Se hacen en pana trajes encantadores, con la condición, naturalmente, de no tener que fruncirla, pues carece algo de flexibilidad; puede emplearse formando canelones, y el tipo clásico de vestido de este invierno es el siguiente: un *fou-rrreau* algo ceñido, de terciopelo negro, que se ensancha en el bajo, formando canelones, y que lleva un cuello y puños de encaje de Venecia o de Milán, de tul o de cuero plateado.

Encantador traje clásico: lleva flexibles canelones postizos y un cuellecito y puños blancos. Además, un vivito de cuero azul subraya los canelones, la cintura y la parte delantera del cuerpo.



Vestido de noche de terciopelo «frisson», o sea de terciopelo de seda, extraordinariamente flexible. Es azul «pervenche», con gruesas perlas de plata, que rodean el escote y la cintura. En el bajo, lleva una franja de «renard» gris más oscuro.

Más de vestir que el anterior, es este modelo, que consiste en una túnica de terciopelo negro colocada sobre un viso de encaje de oro mate, algo oxidado. Los «panneaux», redondeados, se apartan al andar, dejando ver el viso metálico. Un ligero bordado de oro orla el escote y las bocamangas.

Estos días, he visto algunas variaciones sobre el mismo tema; por ejemplo: un vestido de terciopelo negro adornado con estrechas cintas de moaré azul France, que, incrustadas en el tejido, formaban un chaleco cuadrado, bordeaban el cuellecito redondo y cerraban los puños.

Otro vestido negro iba escotado en forma de V, sobre un chalequito de organdi plisado, cerrado con botones negros. Un cordoncillo de seda negra, ribeteaba el borde del escote, los puños y el bajo de la falda. Estos modelos pueden muy bien reproducirse en pana.

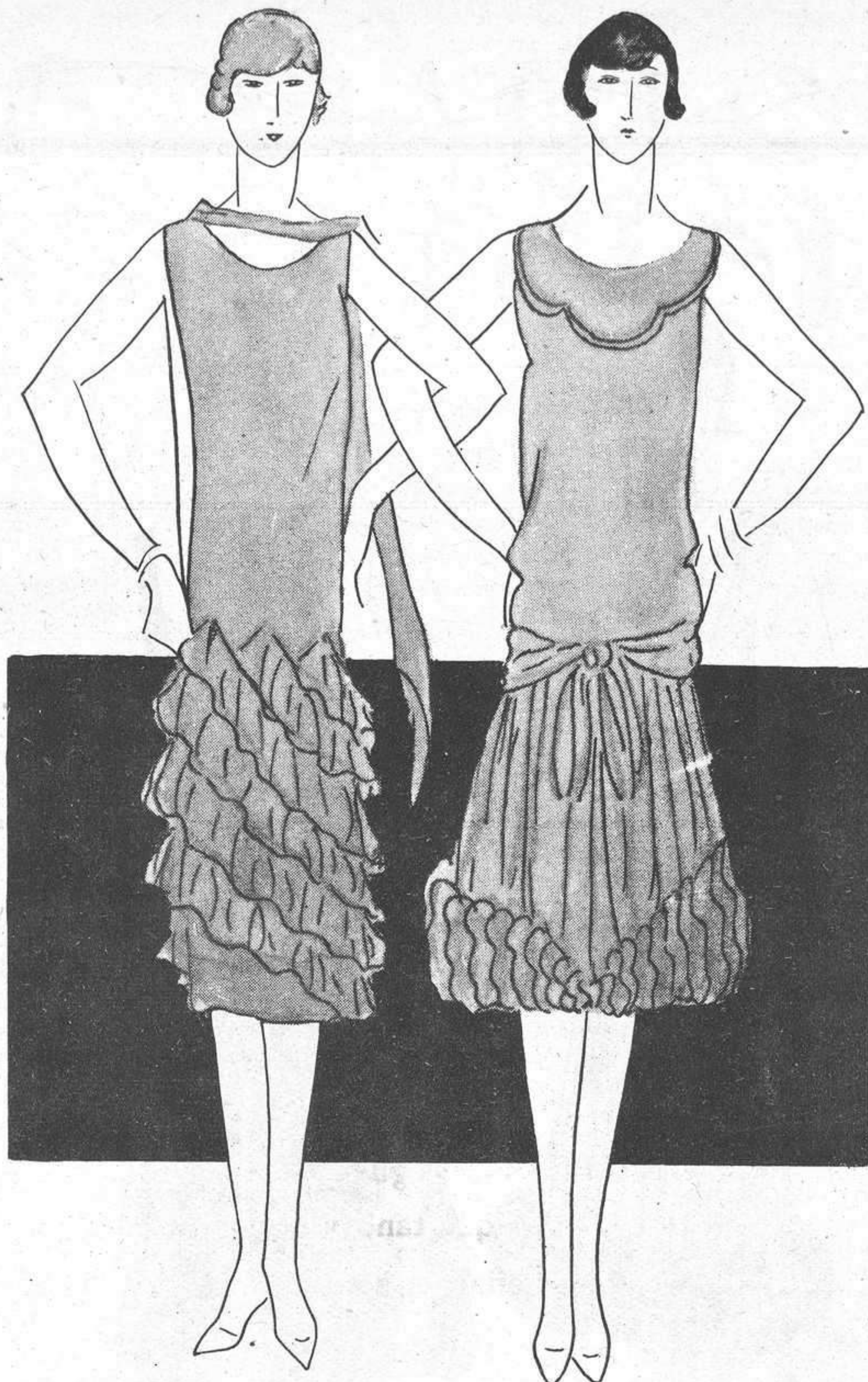
En cambio, los vestidos de color, para resultar verdaderamente bonitos, deben hacerse en terciopelo de seda. Si os interesáis por la moda, habréis oído hablar de los bellos tonos de rojo «púrpura», «Hou», «Chambertin», que Patou ha lanzado este invierno; son preciosos, y adornados con chinchilla o con renard gris constituyen unos conjuntos de mucho vestir. El vuelo se coloca casi siempre por delante por medio de canelones, pues las tablas resultan poco airoas y los frunces se reservan, principalmente, para los vestidos de noche de terciopelo claro. ¡Cuan encantadores son estos últimos! De terciopelo malva con encaje de plata, de terciopelo verde Nilo, de terciopelo rosa adornado con bouillonés y cordoncillos. En casa de Drecoli, he visto un adorable vestido de noche de felpa de seda blanca con tablas huecas de un centímetro de ancho y separadas unas de otras por una distancia igual a su ancho. Estas tablas llegaban casi hasta el borde del vestido; pero éste iba ensanchado por un zócalo de vison. Una cintura de raso blanco iba colocada a la altura exacta del talle.

También por la noche se lleva mucho el terciopelo negro, con el cual se hacen vestidos fáciles de llevar y elegantes de aspecto, sin ser excesivamente de vestir. Se bordean con strass, formando dibujos sobrios, y esta nota brillante sobre el fondo oscuro produce un efecto realmente mágico.

MARTINE RENIER.

De los dos modelos de abajo, el de la izquierda es de terciopelo violeta, y el vuelo va recogido a un lado con seis hileras de frunces. Zócalo de rata-chinchilla. El segundo modelo es de terciopelo negro con canelones, y lleva un chaleco de «crepe-satin» blanco, cuyo cuello está ligeramente bordado en negro. Los puños, de raso, van igualmente bordados.





LOS VESTIDOS PARA BAILAR

Los volantes de muselina de seda producen un efecto encantador. De algún tiempo a esta parte, advierto una tendencia a disponerlos al biés, como aparecen en este vestido de muselina azul pálido, que lleva en el escote una echarpe.

Más fácil quizá de realizar que el anterior, es este vestido de tafetán color Parma, que tiene el cuerpo recto y la falda bastante fruncida. En la parte inferior, una «ruche» recortada ayuda a la caída perfecta de los pliegues, y cada uno de los volantitos que componen esta «ruche» va forrado de «lamé» de plata. La cintura es de tafetán y plata.



ESTE invierno, se les ha concedido una gran importancia a los vestidos para bailar, y *madame Madeleine*, la directora de la casa *Drecol*, me ha dicho que, viendo a las mujeres bailar, es como se ha decidido a cambiar la línea de sus modelos. El vestido estrecho no se prestaba a la soltura de movimientos, y con frecuencia resultaba antiestético; las reuniones de este invierno nos reservan seguramente un espectáculo mucho más bonito.

Vamos a estudiar los trajes fáciles de hacer en casa; son pocas las mujeres y las muchachas a quienes no les interese este tema. El vestido para bailar pierde pronto su lozanía; además es preciso renovarlo a menudo cuando se frecuenta un ambiente con asiduidad.

Por lo tanto, asesoraos de una modista casera, o de una modista de pocos vuelos, y ¡manos a la obra!

A poco que os esmeréis, yo os aseguro que no seréis las menos elegantes del baile.

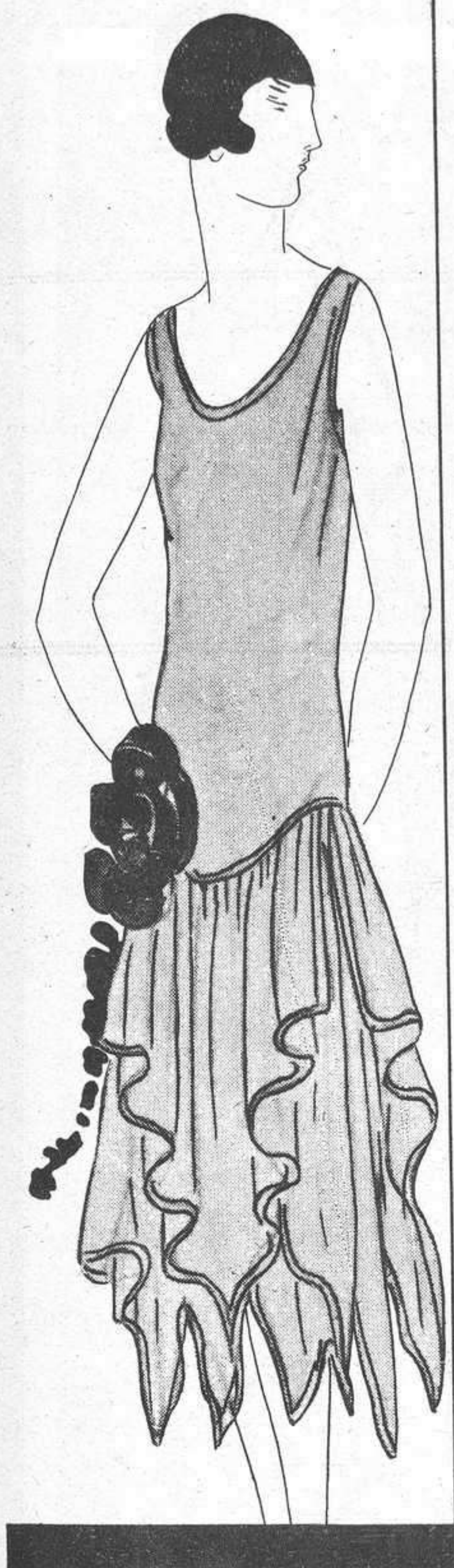
Si estáis dotadas de paciencia, haced el traje de muselina de seda. Este tejido es difícil de manejar, pero no requiere ningún adorno, lo cual es una ventaja apreciable.

Ya sabéis que las costuras se sustituyen con vainicas a máquina, cuyos bordes recortaréis minuciosamente.

También en el bajo del vestido, en lugar de jaretones, se manda hacer una vainica que se corta por la mitad, formando un piquillo.

En algunas casas de modas, se pegan las mangas y los canelones a punto de *bourdon*, tenue cordoncillo bordado que se emplea en los bordados; ésta es una labor de paciencia que solamente recomiendo a las mujeres muy expertas.

Como son naturalmente precisas varias capas de muselina de seda, superpuestas, sobre el viso de crespón de China, podéis elegir dos tonos distintos



Arriba, el primero de los tres vestidos es de muselina de seda en dos colores: el fondo es rosa, y el jaretón de los volantes, gris claro. Este jaretón va pegado con una vainica. La armonía de tonos es preciosa.

El segundo modelo del grupo es de muselina de seda blanca. El cuerpo va cruzado. Una ancha solapa cae a un lado. El cuerpo es más bajo por un lado y más alto por el otro. La falda forma picos a los lados. Para que este vestido resulte bien, son precisas varias pruebas detenidas.

De los tres vestidos de arriba, el último, verde pálido, lleva volantes en verde más oscuro, colocados más alto por detrás que por delante. La incrustación de tela que adorna el escote es del mismo verde que los volantes. Este modelo lleva en el talle, a un lado, un lazo o una flor.

También los rizados de cinta constituyen un adorno bonito y bastante nuevo. Adornan aquí (a la derecha) un vestido de crespón de China «champagne», al que un detantal doble da vuelo.



Los vestidos que forman picos son más fáciles de hacer de lo que parece, ya que, por lo general, un cuadro cortado en diagonal forma exactamente dos de los «panneaux» fruncidos. Para reforzar la orilla, se ribetea con una cinta de raso.

que constituirían así un nuevo colorido. Se ha abusado ya algo del rojo y violeta y, en las nuevas colecciones advierto una tendencia hacia el rosa y azul. Por mi parte os aconsejo un color liso, rosa, azul, malva claro o verde pálido. El cuerpo del vestido, escotado y sin mangas, puede ser recto, lo cual es algo vulgar; o cruzado, lo que resulta más nuevo. En las colecciones de entre tiempo hemos visto muchos cuerpos cruzados; en algunos, las dos orillas van subrayadas por una pequeña *ruche* de muselina de seda o de cinta de plata. La falda «en forma», o con canelones postizos, va pegada a una cintura de muselina. Una ancha cinta cubre esta última y se anuda por detrás, formando una lazada. Si os resulta demasiado difícil el cortar la muselina «en forma», podéis perfectamente cortarla al hilo y fruncir finamente el vestido en su derredor. Así os anticiparéis a la moda futura, pues se anuncia para el verano próximo un gran retorno hacia el corte al hilo y las tablas; además, el efecto del cuerpo cruzado será así aún más bonito, y le ribetearéis con una pequeña *ruche* de plata. Otra de las ventajas del corte al hilo es que se presta más fácilmente que el corte «en forma» para ser planchado con una plancha no muy caliente, como debe plancharse la muselina de seda; y como este tejido se arruga mucho, conviene repetir la operación con gran frecuencia, a fin de que el vestido presente siempre un aspecto lozano.

También son de un gran efecto los volantitos de muselina de seda. Como ya os dije en otra ocasión, se colocan ahora bastante abajo por delante, y más alto



y más fruncidos por detrás. A fin de darles cierto cuerpo se ribetean con una cinta de raso o de plata, o se orlan con un encajito de plata; pero como esto último aumenta rápidamente el coste del vestido, muy bien puede ponerse cinta, sobre todo si es de gasa de plata.

Con el crespón de China, que aún no se ha logrado destronar, se hacen vestidos para bailar, encantadores. Es práctico, fácil de manejar y fácil también de remozar. Conozco muchachas que frecuentan mucho la sociedad y que tienen una colección de vestidos de crespón de China, que ellas mismas lavan y planchan. Usan para ello jabón en copos cuando el colorido no es excesivamente delicado; y, cuando lo es, éter de petróleo. Este último producto es bastante peligroso y debe ser empleado lejos de la lumbre.

Las tablas que más en boga están actualmente en los vestidos de crespón de China, me parece que son las tablas redondas. Bien dispuestos, resultan encantadores y no requieren el plisado que, a veces, quema la tela. Así tableado, el traje se ensancha desde las rodillas o se corta en este sitio, añadiéndole un volante «en forma», que sube un poco por delante. Este estilo, que es encantador, se ha hecho mucho en casa de Renée



Lindo y sencillo vestido de «lamé» tornasolado, rojo cereza y oro. Por delante es recto; por detrás, unos canelones forman un gracioso movimiento. Los volantes van orlados por una pequeña «ruche» del mismo «lamé escarabajo» que el vestido.



Por último, podéis intentar el empleo del tafetán. Ya he indicado el lugar importante que toma en las colecciones de entre-tiempo este tejido que, a mi entender, conviene principalmente a la esbeltez juvenil.

Es muy fácil de realizar un vestido de tafetán rosa o verde pálido con el cuerpo ceñido y la falda fruncida y recargada en su parte inferior por gruesos cordones cosidos en la tela. Jane Renouardt luce actualmente en escena un traje así; incluso Vionnet, presenta algunos, fruncidos, que llegan hasta el tobillo.

No creo conveniente buscar la originalidad cuando no se dispone de un vestuario importante, y por eso los trajes de style son peligrosos.

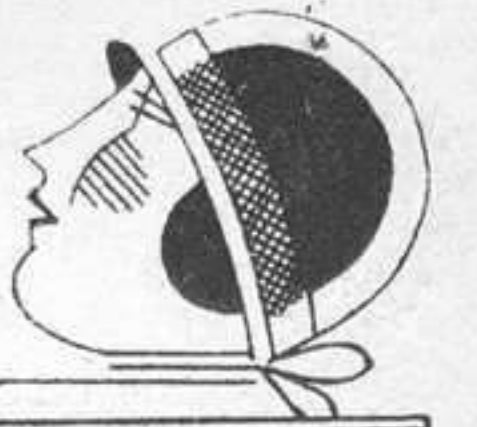
¡Cuántas veces no habré oído a amiguitas piadosas cuchichear: «¡Ya está esa aquí con su vestido de style! ¡No se ve otra cosa!»

Buscad, por el contrario, una moda fácil de transformar y... trabajad con esmero. Un vestido rápidamente hecho, cosido a grandes puntadas, será encantador el primer momento... a los pocos días presentará un aspecto lamentable. El mayor escollo de los vestidos hechos en casa reside en la precipitación con que se confeccionan.

MARTINE RÉNIER.

De estos dos modelos, el de la izquierda es de crespón de China marfil, adornado con «bouillonés» que empiezan en el talle y bordean la falda. Delantal plisado o fruncido. Otro pequeño «bouilloné» rodea el escote.

Vestido compuesto de «panneaux», que puede hacerse en crespón de China, en tafetán o en «crepe salin». Estos «panneaux» deben ribetearse con un vivo. El cuerpo, completamente recto por delante, va fruncido por detrás y forma una gran lazada



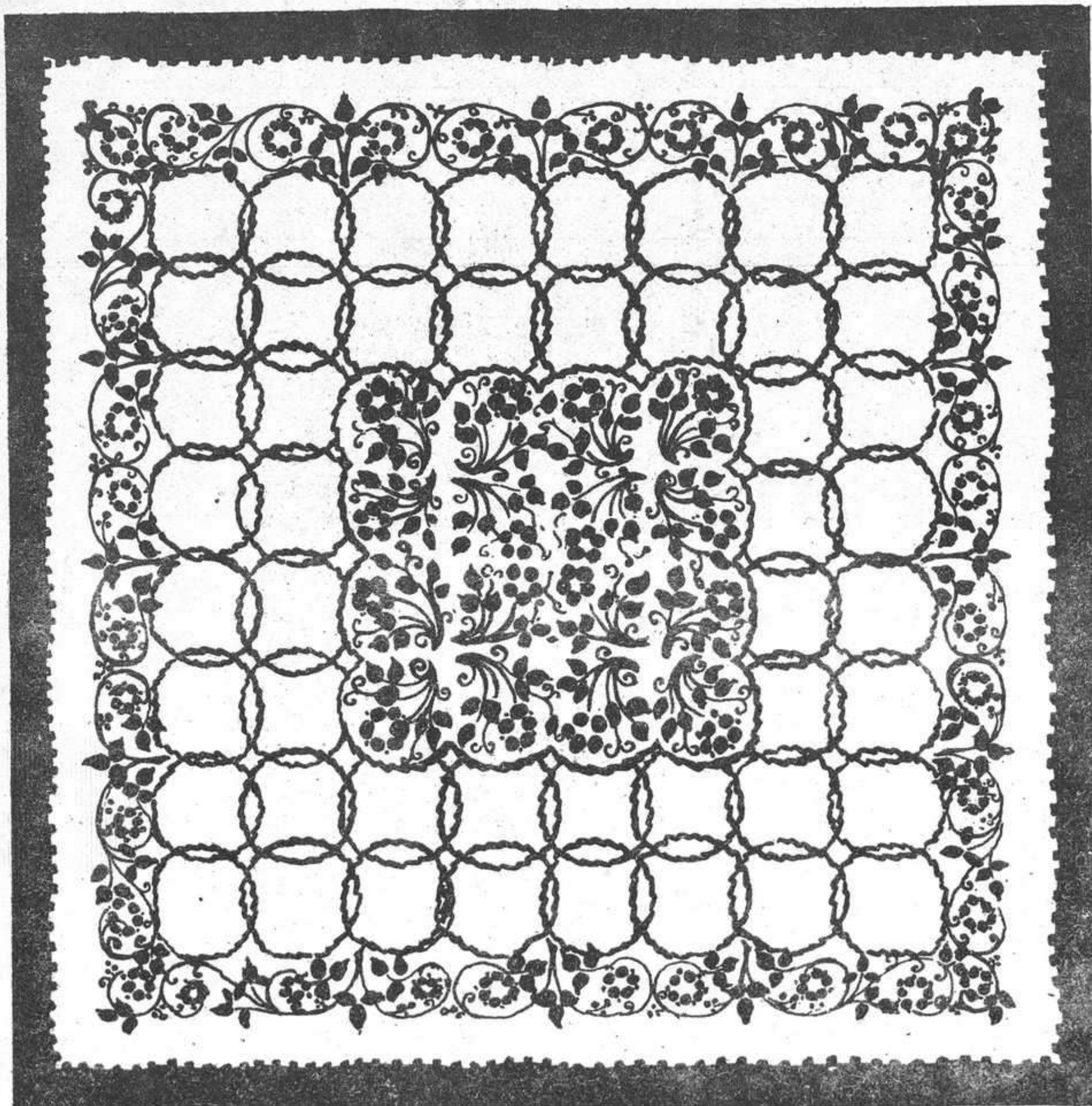
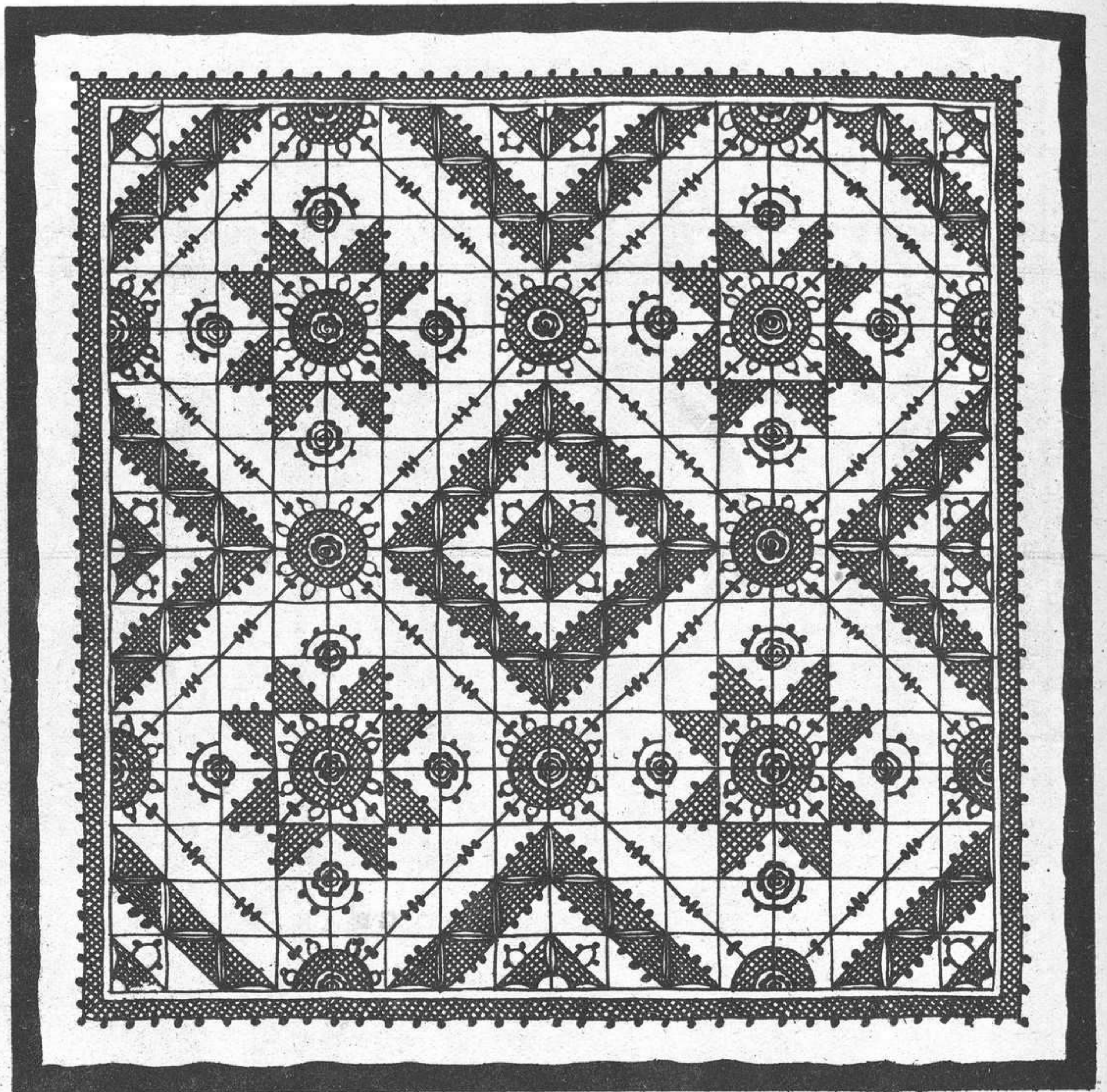
(Foto O'Dové.)

PREMET

«Premet» ha inaugurado este año una línea completamente nueva, de la que es un bonito ejemplo este traje de patinar, malva, bordado en gris. La falda es muy fruncida; una franja de piel gris adorna el «casaquin».



La moda de los manteles bordados resulta encantadora en el campo. He aquí un bonito dibujo de mantel, de «toile» de hilo color natural, bordado con algodón rojo y negro. Los cuadros en que va dibujado permiten ampliar el dibujo a las dimensiones que se quiera. Indicaremos en otro número la manera de hacer esta ampliación.



Tapete de mesa en «toile» de hilo azul o violeta, bordado a punto de realce y punto de cadeneta con lana amarilla y algodón de bordar brillante, negro. Resultará precioso en un interior moderno o en una casa de campo.



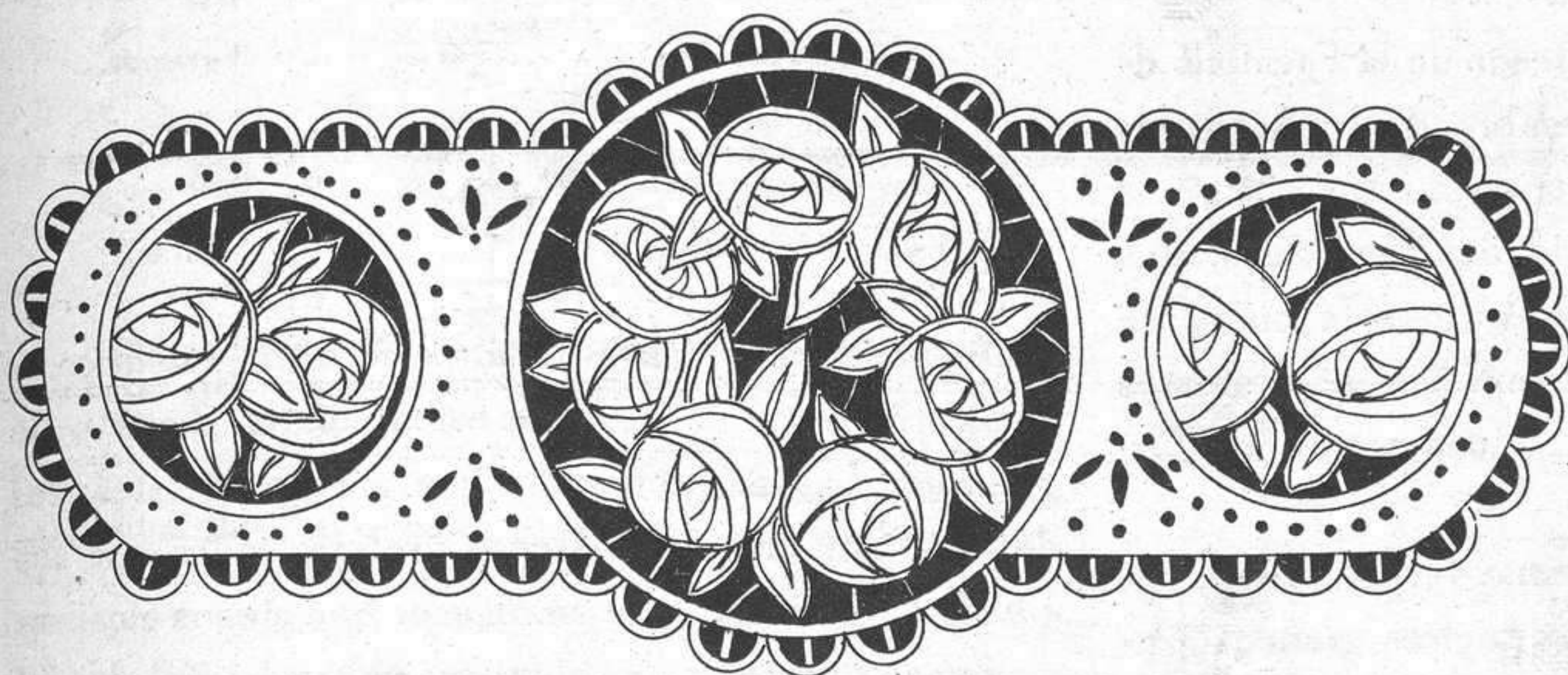
NOTA.—Estos dos dibujos nos han sido comunicados por el Magasin d'Ouvrages, situado en el Boulevard St. Germain, 79, Paris, que se encarga de enviar a cuantas lectoras de MUJER lo soliciten, todos los materiales necesarios para la ejecución de estas labores, así como las indicaciones suplementarias que pudieran desear.



CENTRO DE MESA

Para hacer este bonito y elegante centro de mesa, se prepara un trozo de lienzo de hilo de ochenta centímetros de largo por cuarenta

de ancho y sobre él se traslada el dibujo, que se borda a punto de Richelieu (festón) con algodón blanco.



El contorno de las rosas y el de las hojas se hace a festón; pero los pétalos de las primeras y las venas de las segundas se bordan a realce.

Los círculos en que van encerradas las flores se hacen también a festón, así como el contorno de la labor.

Las pasadas se hacen a festón y con tres hebras pasadas como relleno, haciendo sobre ellas el festón sin coger la tela. Del mismo modo se hace el festón del borde.

Los ojetitos y las hojitas negras se bordan a la inglesa (bordado abierto).

ALFOMBRA DE GRAN NOVEDAD

Esta bonita alfombra se hace en paño, en lo que consiste su gran novedad.

Sobre un paño oscuro, se traza el dibujo, y después se van poniendo otros recortes de paño de colores, que es lo que hace el dibujo. Estos recortes se cosen a punto de festón, claro que con seda del mismo color que el recorte que se va a coser. Como remate, lleva un gran volante de paño amarillo y festoneado con lana negra, haciendo dos puntadas cortas y una larga.

Las japonesas llevan trajes de colores brillantes, dependiendo el mejor o peor resultado del gusto con que se combinen. Para que pueda servir de guía a las señoras poco prácticas en este trabajo, daremos las indicaciones siguientes: I. Japonesa de la izquierda, sentada: se pondrá la falda azul con flores rojas, bordadas al pasado plano; túnica blanca y faja amarilla con rayas negras, que se harán sujetando sobre el dibujo una hebra de lana, por medio de puntaditas pequeñas de seda, también negra. II. Japonesa de la derecha, también sentada: traje rosa con adornos marrón y faja verde claro con rayas moradas, que pueden hacerse como las de la amarilla, o bordadas a realce. III. Japonesa de la derecha, de pie: traje amarillo con dibujo negro, túnica malva y faja blanca con rayas rojas y verdes, sombrilla amarilla con flores de todos colores, bordadas al pasado y a punto de tallo (litografía).

Las caras deben ser de paño amarillento, imitando el color de los orientales, y sobre ellas se bordan las facciones: los ojos negros, la nariz, con un tostado más oscuro que el paño; pero de la misma escala, y los labios rojos. Las flores y peinetas que llevan en el peinado serán de colores brillantes, y los alfileres, dorados. Para hacer el pelo se cogen varias hebras de lana negra y se cosen juntas, en la dirección que llevaría el pelo; si se hace bien, resulta perfectamente imitado el peinado.

Los farolillos se ponen cada uno de un color, y procurando que resalten mucho sobre el fondo de la alfombra; sobre ellos se bordan las flores que los adornan, como se explicó para las de la sombrilla, y después, con seda

negra fina y a punto de tallo, se bordan las líneas transversales que figuran los dobleces.

El castillo es gris oscuro y con las ventanas negras y las campanillitas rojas.

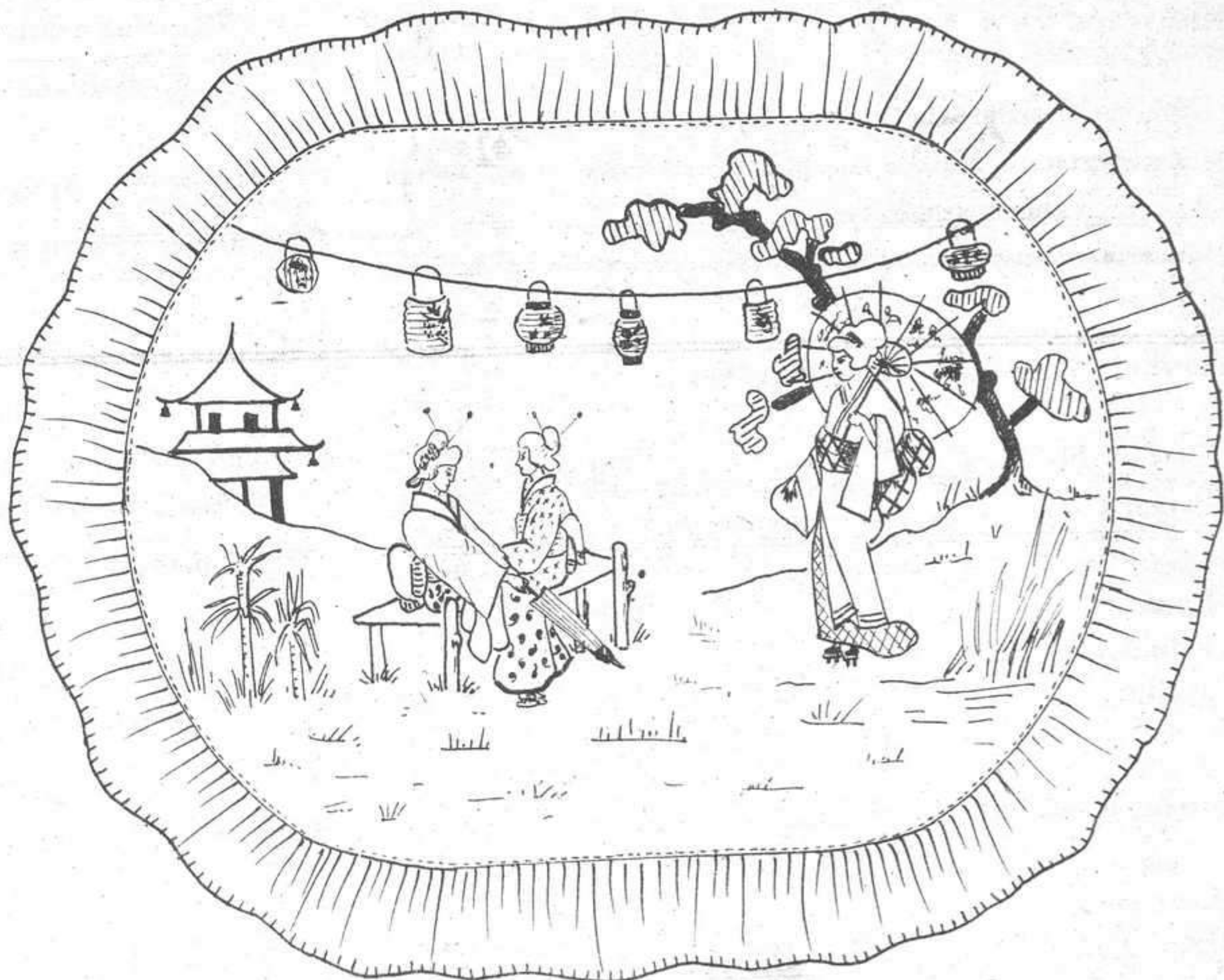
El árbol, verde seco, y el tronco, marrón.

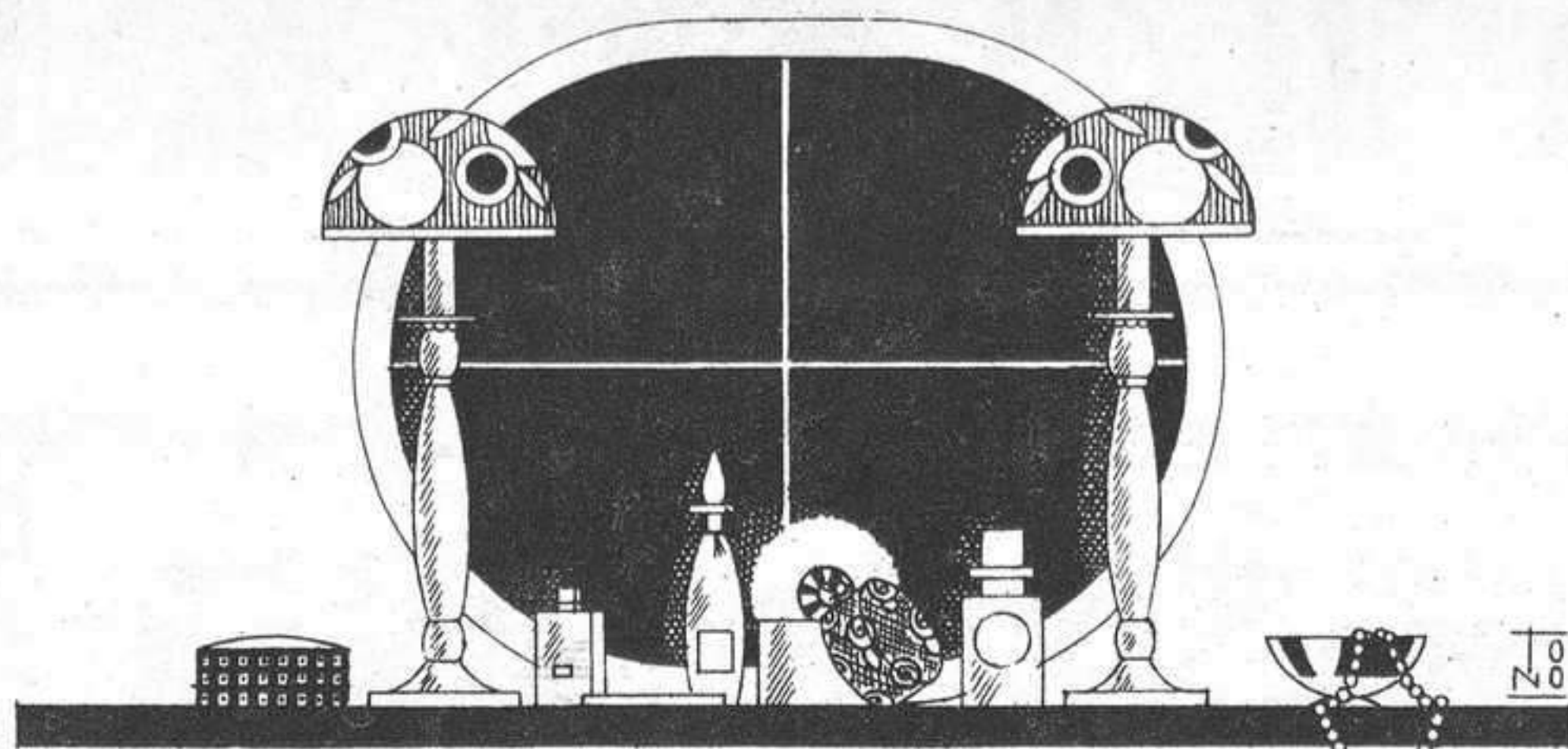
El banco, marrón oscuro las patas, y el asiento con otro marrón más claro.

Las hierbas se bordan a litografía en varios tonos verdes, directamente sobre la alfombra.

Una vez terminada de bordar, se pega el volante lo bastante fruncido para que no se acazuele, pero sin demasiado vuelo, y esta pegadura puede hacerse a cadeneta o a respunte.

Después de pegado el volante, se forra la alfombra con una tela fuerte. El volante no lleva forro.





EN EL TOCADOR



L. Sr. Marcel Labbé, profesor de la Facultad de Medicina de París, y miembro de la Academia de Medicina, ha reunido en un tomo, con la colaboración de varias celebridades medicas, una serie de consejos preciosos respecto a la *Salud en el hogar*. De esta obra, entresacamos hoy las siguientes fórmulas de cremas para la cara, dadas por el Dr. Clement Simon:

Cremas.—Las fórmulas de cremas varían hasta el infinito. Pero pueden ser divididas en tres grandes grupos: las cremas grasas o «cold-creams», las cremas secas o «cremas esteáricas» y las cremas a base de glicerina. Las cremas secas convienen a las pieles grasientas. Suelen ser muy apreciadas.

He aquí algunas fórmulas:

Cremas grasas.—(El tipo es el «cold cream» del Codex):

Esperma de ballena.....	180 gramos.
Cera virgen.....	90 —
Aceite de almendras dulces.....	645 —
Agua destilada de rosas.....	180 —
Tintura de benjuí.....	45 —

En algunas fórmulas se sustituye el agua de rosas por la glicerina.

Estilo Neoderma X:

Esperma de ballena.....	90 gramos.
Cera virgen.....	90 —
Aceite de almendras dulces.....	570 —
Glicerina neutra.....	250 —

Fórmulas estilo Skin food americano:

Vaselina blanca.....	420 gramos.
Parafina.....	30 —
Lanolina.....	120 —
Agua.....	180 —
Vainilla.....	0,50 —
Alcohol.....	5 —

Crema contra las quemaduras del sol:

Lanolina.....	30 gramos.
---------------	------------

Aceite de parafina.....	8 gramos.
Agua oxigenada.....	12 —
Clorhidrato de quinina.....	0,50 —
Esencia de rosas.....	5 gotas.

Cremas secas a base de sales de ácido esteárico.—Estas cremas son a base de esteáricos alcalinos o de glicerina. Las más conocidas son a base de esteáricos de sosa. Sin embargo, parecen preferibles las que son a base de esteáricos de amoníaco. Son menos alcalinas y además operan favorablemente sobre la piel, por el amoníaco y sus sales, que contienen. La preparación de estas cremas requiere el uso de productos absolutamente puros:

Crema de esteárico de sosa, estilo de la crema mate *Neoderma* o crema *Marie France de Brisson*:

Ácido esteárico puro.....	300 gramos.
Glicerina neutra.....	900 —
Agua destilada de rosas.....	1200 —
Lejía de sosa.....	60 —

Perfume ad libitum:

Crema de esteárico de amoníaco:

Acido esteárico puro.....	170 gramos.
Solución de amoníaco puro.....	50 —
Glicerina neutra a 30°.....	700 —
Agua destilada.....	70 —

(Algunos preparadores, para dar cuerpo a su crema, le añaden gelosa o gelatina).

Cremas a base de glicerina o gliceratos:

Almidón.....	10 gramos.
Agua destilada.....	10 —
Glicerina neutra.....	130 —

Este glicerato forma la base de varias preparaciones muy conocidas y que no se distinguen unas de otras más que por su perfume o por la presencia de óxido de zinc. (Estilo *Crema Simon*).





CONSEJOS PRÁCTICOS

Para limpiar los viejos encajes.—Para limpiar los encajes negros debe hacerse una infusión de té, y colarla. Luego se mete el encaje en una cubeta y se echa el líquido encima, en cantidad suficiente para bañar por completo el encaje, dejándolo así por espacio de diez a doce horas. De vez en cuando, se estruja el encaje, pero sin restregarlo, y se vuelve a dejar en el té hasta que éste vaya tomando un matiz sucio. En otro cacharro, se prepara luego agua fría, en la que se mezcla un poco de goma, y se sumerge en ella el encaje, ligeramente. Se agita luego durante un cuarto de hora, aproximadamente. Finalmente, se prende el encaje con unos alfileres sobre un paño, y cuando el encaje está casi seco, se cubre con otro paño y se plancha con una plancha muy caliente. De este modo queda como nuevo.

He aquí otro procedimiento para el encaje blanco. A fin de que no se deforme, se enrolla alrededor de una botella de a litro, corriente, y se fija con una puntada. Esta botella se sumerge —no sin llenarla previamente a fin de que no quede a flote— en una cubeta llena con agua de jabón blanco, bastante honda para que la botella se tenga en pie, cuidando que el encaje quede cubierto de agua por todas partes. Se pone entonces la cubeta sobre la lumbre y se deja calentar por espacio de una hora, pero sin que llegue a hervir el agua.

Si el encaje está muy sucio, debe renovarse el agua jabonosa. Luego se retira la botella, se deja enfriar algo y se coloca bajo un grifo de agua fría, a fin de aclarar el encaje. Cuando éste no tiene ya nada de jabón, se coloca, prendiéndolo con alfileres, sobre una tabla cubierta con una manta. No basta con prender el encaje en las cuatro esquinas, sino que deben colocarse alfileres todo alrededor, estirándole, a fin de que no adquiera una forma defectuosa. Si la operación se hace con cuidado, supera a los mejores planchados.

El apresto de los encajes.—Algunos encajes requieren algo de apresto; para dárselo, se disuelven en un litro de agua hirviendo cuarenta gramos de bórax, y cuando éste está completamente disuelto, se añaden doscientos gramos de goma laca. Esta mezcla debe mantenerse en la lumbre, hirviendo, agitándola hasta su completa disolución. Se sumergen los encajes en este líquido o se mojan con una esponjita fina. Para secarlos, se prenden con alfileres.

El tul negro.—Para limpiar el tul negro se extiende sobre una tabla cubierta con varias capas de lienzo blanco. Sobre el revés del tul se pasa una esponja muy fina empapada, de té, o de una mezcla de agua con vinagre o con hiel; cuando el tul está empapado de este líquido, se plancha con una plancha ligeramente caliente, que se coloca muy de plano.

Franelas y géneros de punto.—Para lavar las franelas y los géneros de punto, se hace agua jabonosa y se echa en dos cubos.

En el primer cubo, se añade un poco de agua tibia y una cucharadita de álcali por tres litros de agua. Se dejan las prendas en este cubo durante cinco o seis horas. Luego se sacan y se sumergen en el segundo cubo de agua jabonosa. Se aclaran dos o tres veces, hasta que el agua, siempre tibia, quede completamente clara. Se extienden las franelas sin retorcerlas ni estrujarlas. Para plancharlas, hay que esperar a que estén secas del todo; pero antes de esto, se deben envolver en un paño mojado. El procedimiento que debe seguirse para las prendas de punto es el mismo que para las franelas.

Las cintas.—Casi todas las cintas blancas se pueden lavar. Se extienden sobre una tabla y se restregan, siempre en el mismo sentido, con un cepillo suave, enjabonado; se aclaran luego, sin estrujarse ni retorcerse, y se planchan, húmedas, por el revés.

También puede seguirse este otro procedimiento: Meterlas en un tazón lleno de buena esencia mineral, retirarlas al cabo de cinco minutos, dejarlas secar al aire, y, para plancharlas, colocar la punta de la cinta sobre la mesa, apoyar la plancha encima y tirar de la cinta en el sentido de longitud.

Para devolver a las cintas anchas la apariencia y el apresto de lo nuevo, se sumergen en una mezcla compuesta de 200 gramos de alcohol a 45°, 25 gramos de miel y 40 gramos de jabón blanco. Se aclara en varias aguas sucesivas, sin restregar ni retorcer, y después de secas se humedecen por el revés, ligeramente, con agua y se planchan.

Si esta receta os parece algo complicada, mojad sencillamente las cintas por el revés con una disolución de 19 gramos de goma arábiga, en un vaso de agua. Planchadlas luego por el revés, húmedas, con una plancha algo caliente.

Los terciopelos.—Los pelos del terciopelo se enderezan por medio del vapor. Entre dos personas, se mantiene extendido el tejido sobre un recipiente de agua hirviendo, presentando al vapor el revés del terciopelo. Cuando sale un humo denso, se cepillan a contrapelo las partes chafadas; luego se deja secar de plano.

Para planchar el terciopelo y devolverle su apresto, se empapa por el revés con una disolución de 50 gramos de gelatina en un litro de agua. El terciopelo debe ser extendido, al aire, muy tirante. Cuando está húmedo se plancha por el revés «en el vacío»; es decir, sin dejar de mantenerlo en el aire y sin que descansa sobre nada.

El terciopelo de seda, humedecido por el revés, se plancha de plano sobre la tabla.



LA PÁGINA DE LAS LECTORAS

Para Mujer

MUJER tiene siempre espacio reservado para honrarse publicando cuantas producciones literarias le envíen sus lectoras.

Siluetas.

LUZ, CONSUELO, GLORIA

—¿Quién llama? Sí, al habla; ¡eh! ¿Eres tú? Te suponía a estas horas de paseo.

—.....

—¿Te aburre? A mí también; y ahora mismo estaba yo pensando qué hacer para entretenerme esta tarde.

—.....

—No; estoy con *spleen*, y todo me fastidia.

—.....

—Te equivocas; no es ésa la causa.

—.....

—¡Si yo lo supiese! Dice una amiga de mamá que de tanto divertirme nos hastiamos de todo; ¿tendrá razón?

—.....

—Opino como tú.

—.....

—Estoy cansada de leer; unos libros me parecen insípidos; otros, demasiado serios; los románticos me ponen de mal humor, y los que me recomiendan se me caen de las manos.

—.....

—Hace días que no juego; te diré, francamente, que los círculos, los bambúes y los caracteres no consiguen distraerme.

—.....

—No lo creas.

—.....

—Sí; es una buena idea; espérame, ahí me tienes dentro de media hora.

Son las seis de la tarde. Ante una bien surtida mesa, toman el té dos lindas y elegantes muchachas, que comentan entre sí lo mucho que se aburren y lo largas que les resultan las horas. Van acompañadas de una señora modestamente vestida, quien las oye silenciosa pensando cómo seras a quienes todo sonríe podrán ser capaces de semejantes lamentaciones, cuando tantas amarguras y tantas desgracias destrozan muchos corazones y emponzoñan muchas existencias...

Terminados los *sandwichs* y *cakes*, abandonan el *tea room* las jóvenes con su acompañante.

Cuando van a cruzar la calle, se encuentran con una antigua compañera de colegio.

—¡Consuelo! ¡Cuánto tiempo sin verte! ¿Qué es de tu vida?

—La vida se me puso triste, como dijo el poeta, queridas; perdimos nuestra fortuna, y al morir mi padre, me vi precisada a dar lecciones. No puedo quejarme; gracias a Dios, tengo muchas. El trabajo me consuela, me sostiene y me hace olvidar mis penas. Soy feliz al lograr con mi esfuerzo personal un poco de bienestar para mi pobre madre.

Luz y Gloria se sienten avergonzadas; nada se dicen; pero... piensan. Por fin, rompiendo el silencio, dice la primera:

—Es indudable que nos aburrirnos porque no hacemos nada de provecho.

—Y, sin pensar en la felicidad de los que nos rodean, nos vamos haciendo egoístas —le replica su amiga.

—Al separarse es muy distinto su estado de ánimo del que tenían cuando aquella tarde comenzó su conversación por teléfono.

MAMI.

A mi madre.

Fué en una noche de mayo cuando una santa murió, y era la santa mi madre, que se marchaba con Dios.

Por eso desde entonces vivo sin rumbo por un camino de abrojos y de infortunios.

¡Si ella viviera sería la estrella que me guiara por buena senda!

GLORIA DE VILLARRAZO.

Quimera romántica.

Se muere el bello cisne de albo plumaje de seda, que refulgía a los rayos cegadores del sol. Se muere el rey del lago azul, aquel lago grande y sombrío en el que flotan como inmensas pinceladas los nenúfares de corolas planas, calmas, flor de pesadilla.

Los sauces hunden las desmayadas ramas en las linfas azules, muertas, sin un leve rizo en la superficie, sin transparencias, en cuyo lecho profundo buscó la paz que le negó el mundo un príncipe gentil. Dice la leyenda que por un amor imposible...

Se muere el cisne bello de los deslices elegantes, de esbelto, fino cuello; se muere el solitario del lago, el amado de la duquesita morena, de ojos negros abismales que en las horas de agobiante calor huía de los salones cargados de riquezas y venía para descansar a la sombra de los sauces. Con sus manos de marfil acariciaba el cuello esbelto, fino, que a la presión suave, dulce, de los dedos de rosa temblaba feliz, se doblaba sumiso hacia las aguas oscuras en las que caían con giros caprichosos las miguitas de pan que echaba su dueña.

Le quería ésta con deliquios románticos, infantiles, a veces con arrebatos de su imaginación exaltada, sintiendo el deseo mórbido de galopar a su grupa...

¡Oh poder de los cuentos de hadas! ¡Oh cabecita loca de la niña duquesa, y cómo influían en ella las leyendas del palacio!

El crepúsculo pesa sobre el parque, rumoroso de hojarasca, de crujidos de troncos, de arrullos de pájaros, de silbos del viento manso de anochecer. Las brumas primeras de la noche prenden sus velos en las ramas, envolviendo la tierra con sus invisibles gasas. En el horizonte, el globo rojo de la luna llena, como linterna de invisible titán.

El rey solitario del lago avanza hasta la orilla, con torpeza, en agonías de moribundo. Hay burbujeos en las aguas, temblores en las corolas inmensas de los nenúfares, cual sacudidas por intenso calofrío; el viento caliginoso quejumbrea por entre los altos juncos, las coníferas de puntiagudas hojas, los crisantemos...

¿Dónde está la duquesita, que ha días, muchos días, no viene para acariciar el cuello esbelto, fino, de plumaje de seda?

Los ojitos redondos, turbios, agónicos, buscan en la penumbra, al pie de la alameda de rosales, por la que antes venía con pasitos saltarines la dulce amigueta... Escudriña el jardín. A tener voz, gritara...

Pero, ¡ay!, que su dueña hállese no muy lejana, en florido madrigal, con un doncel apuesto y gentil. En lánguido arrobamiento, deja besar con fuego sus manitas breves y lindas, sentada sobre rico almohadón de brocado, en el pabellón de policromos cristales, en los que forman tupida enredadera los niveos jazmines, que caen como lluvia perfumada en la arena del jardín.

Por el florido madrigal, olvidó al cisne de fúlgido plumaje, que, sin fuerzas ya, dobla la cabecita, extendiendo las alas sobre las aguas y se aleja lento de aquella orilla a la que no volvió su amita... Y por las encrucijadas del parque, la risa cristalina de la duquesita morena, de ojos negros abismales, de manos de marfil. Suena la dulzura de un violín. La comba celeste tachónase de puntos blancos que parpadean.

Pétalos de rosas de Alejandría, niveos jazmines, rojos lirios exóticos, acacias enervantes, que, en alas del viento caliginoso, llueven como en ofrenda sobre un punto blanco, como copo de nieve, que las linfas azules sostienen amorosas.

A R A T.
Alicante.

Gime el viento...

Gime el viento dulcemente como corazón herido.

Cae la lluvia lentamente, y su rítmico sonido es latido

de un corazón viviente.

¡Hace frío! Llueve. Nieva.

Y todo está en dulce calma.

Tempestad cual la que lleva dentro, muy dentro, mi alma, sin alma,

y sola la sobrelleva

teniendo por compañera:

oración y «buena cara» o esperanza.

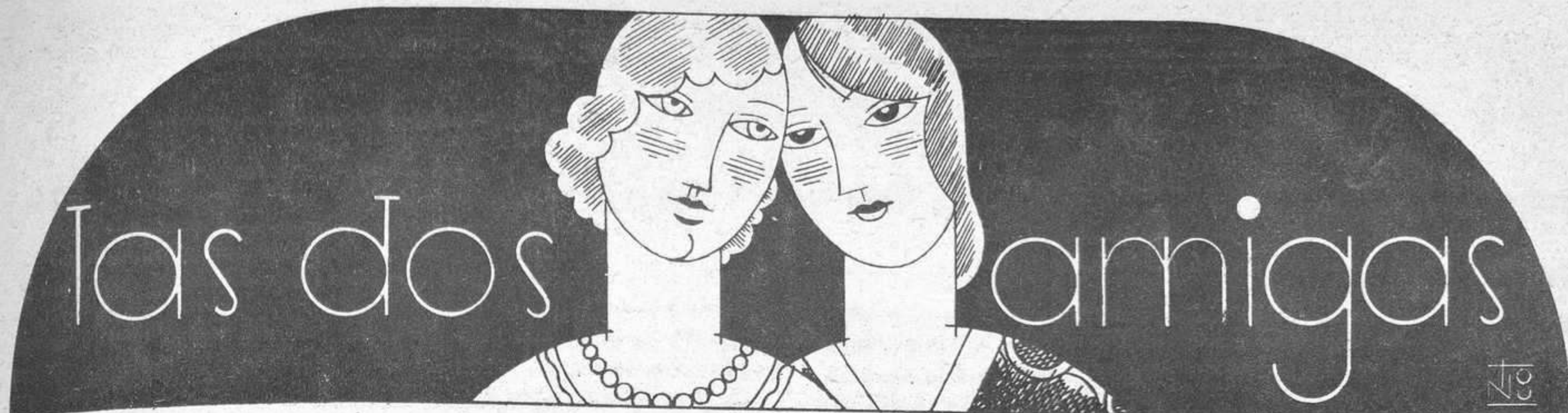
CONDESA DE MATTES.

CORRESPONDENCIA

(Diríjase los envíos y toda la correspondencia al Director de MUJER. Apartado 447, MADRID.)

MARITA.—A su trabajo le llegará el turno en breve.

MARÍA AURORA ADRA.—Su cuento nos agrada; pero tememos que a algunas lectoras les parezca inadecuado.



NOVELA, por René Le Cœur.

(Continuación.)

La joven se volvió:

—No veo a papá ni a mamá —dijo—. Probablemente estarán jugando. Yo también quiero tentar la suerte. ¿Sabe usted cómo se juega, Mauricio?

El lo sabía.

Sonrió de un modo extraño, entre burlón y grave. Se acercó a la mesa. Miró por encima de la espalda de un jugador. Estaba éste fabricando un pequeño cuadro sinóptico, compuesto de puntos y líneas, bastante parecido a la escritura para ciegos. Era verdaderamente simbólico, pues estaba buscando a tientas una buena combinación. Una vieja seguía el juego consultando una ruleta pintada en un cartón. Pero aquel círculo que debía servirle de salvavidas no le impedía ahogarse. Se levantó de la mesa con aire de descontento.

Odette se sentó en el sitio vacante. Mauricio, en pie, detrás de ella, le dijo:

—Si pone usted sobre un número y sale, ganará treinta y cinco veces la postura.

Pensó en la familia que almorzó junto a ellos, y dijo:

—Pondré al 22, porque tengo veintidós años.

Puso cinco francos en medio del pequeño cuadrado.

El *croupier* gritó:

—2, negro, par y falta.

Volvióse hacia Mauricio:

—He perdido. ¿Cómo es posible ganar? ¡Sería una suerte grande, puesto que hay treinta y seis números!

—Y el cero.

—¡Treinta y siete probabilidades! ¡Cómo elegir!

—Juegue las docenas.

—¿Las docenas?

—Sí, allí donde vea P. M. D., P. representa los doce primeros números, M. los doce de en medio y D...

—Los doce últimos. Pongo cinco francos a los primeros. ¿Si sale, qué ganará?

—Dos veces lo puesto.

La bolita, enviada al interior de la ruleta por un hábil golpe del dedo del *croupier*, rodó durante un momento y terminó por pararse dentro de un agujero,

—6, negro y falta.

Odette vio caer junto a ella dos monedas de cinco francos. Las dejó con la primera postura en la letra P. Salió el 2. Y le enviaron seis monedas de plata, que describiendo una curva por encima del tapete, cayeron de plano, unas encima de otras, delante de la jugadora, que reía:

—¡Es muy divertido! ¡Qué hábiles son los *croupiers*! ¿Qué se puede jugar para ganar más?

—Los cuadrados, los caballos, una transversal, dos transversales, los finales...

—Todo esto es demasiado complicado. Enséñame el modo de jugar... vamos a ver... los cuadrados. ¿Qué se cobra cuando se gana?

—Cuarenta francos por cada cinco.

—Pues bien, voy a arriesgar cien francos.

—Los primeros se están dando —dijo Mauricio.

Un viejo jugador, sentado al lado, refunfuñó bajo su bigote gris:

—Podrían darse los últimos.

Mientras la joven se hacía explicar el modo de hacer la postura, el *croupier* gritó en voz alta y clara, con una pausa entre cada palabra:

—9, rojo, impar.

—¡Y siguen los primeros! Juegue a los primeros —aconsejó vivamente Mauricio.

Odette pensó que su vecino, el caballero anciano, tenía razón, y escogió los cuatro últimos números, 32, 33, 35 y 36. Se entretenía en colocar bien las monedas con la ayuda de la raqueta cuando reconoció la voz de Mauricio, que decía con el tono de un hombre súbitamente decidido.

—¡Dinero! Cincuenta francos al cero y sus caballos.

Y el *croupier*, gritó:

—32, rojo, par y pasa. ¡Nada en el número!

Tenía el aire encantado aquel hombre, por no haber nada en el número.

—Un cuadrado de veinte francos y otro de cinco.

Odette y su vecino recibieron el dinero lanzado por el cajero. La joven se divertía mucho, excitada por el deseo de triunfar, alegre al acertar, desconfiada cuando por azar perdía. Un pequeño montón de monedas se iba formando delante de ella. Porque ganaba casi siempre. Jugaba las docenas y los cuadrados, utilizando con aplicación las enseñanzas de Mauricio.

Y detrás de ella, antes de cada talla, oía la voz de Mauricio repetir obstinadamente:

—Cincuenta francos al cero y sus caballos.

Odette acabó por preguntar:

—¿A qué llamas caballos?

Mauricio no la oyó. Su vecino le explicó:

—Los caballos del cero son los números uno, dos y tres.

¡No salían nunca!

—¡Juego! —gritó de nuevo Mauricio.

Odette vio pasar un billete de cien francos sobre la raqueta.

—¡Al cero y sus caballos!

Tenía ya una voz dura. Parecía que llamaba a los números, ordenándoles salir. Ella se volvió hacia él. Vió su rostro absorto; sus cejas frucidas; sus ojos, que parecían acechar una presa encima del tapete. Encontró, de repente, que se parecía a los demás, a los que jugaban ansiosos y preocupados y que no tenían aspecto de divertirse. Pensó: «¿Será jugador?» Y le preguntó:

—¿Pierde?

El contestó: «¡Un poco!», en tono falsamente desprendido.

Ella arriesgó veinte francos al último cuadrado, y a la última decena ganó. El exclamó sin alegría:

—Tienes mucha más suerte que yo.

De nuevo ella se absorbió en colocar monedas sobre el tapete. Ahora resultaba ya algo más difícil. Mucha gente se interesaba en aquellos últimos números que salían a menudo. Las raquetas se movían lentamente llevando pilas de oro y plata. Los números desaparecían debajo de ellas.

—¡Cero! —gritó el *croupier*.

Todos los espectadores lanzaron un ligero murmullo de desagrado. Odette volvióse a Mauricio.

—¡Ea, esta vez has ganado!

—No. Había puesto en el último cuadrado.

—¿Pierdes mucho?

—Doscientos francos... menos diez que voy a poner sobre el tapete.

Ella le dijo:

—¿Quieres confiármelos...? Voy a ponerlos donde yo quiera. ¿Te sabrá mal si los pierdo?

Contestó con un gesto. No, no le sabría mal.

Se puso a jugar con calma. Colocaba poco a poco las monedas sobre el pequeño cuadrado que representaba las docenas. Ganaba. Ponía toda su prudencia femenina, toda su atención, todo su ingenio en hacer cálculos de probabilidades. Quería triunfar por él. Quería tener el gusto de sacarle del apuro, ya que parecía estar molesto. Arriesgó, después de apartar un beneficio, unos cuantos golpes, que resultaron afortunados.

—¡Por fin les encontramos!

Ella se volvió para sonreír a sus padres. El señor Angerolle dijo a Mauricio, sonriendo:

—¡Qué bonito! ¡Llevar a mi hija a la mesa de juego!

—Papá, le gano el dinero que él ha perdido. Es él quien sabe jugar y yo soy la que gano.

Puso un puñado de monedas en manos de Mauricio.

—¡Hay quinientos francos para ti y setecientos cincuenta para mí!

—Es mucho —observó seriamente el antiguo abogado— y no se han mostrado ustedes razonables.

—¡Oh, papá! Estoy segura de que también has jugado. ¿Cuánto has ganado?

—He perdido trescientos francos.

Todo el mundo se rió ante el aire afligido del señor Angerolle.

—Vámonos —dijo—. Se ahoga uno aquí dentro.

En la escalinata del casino propuso:

—Vamos a tomar el té en el hotel de París.

La madre y la hija entraron las primeras en el *hall*; Mauricio se apartó para dejar paso a su futuro suegro. Las dos mujeres buscaban con la vista asientos vacíos. Mauricio se había quedado atrás, en pie, inclinada la cabeza, delante de un caballero de rostro moreno y pelo negro. Estaba éste sentado en un sofá dorado, frente a otro caballero que ocupaba un sillón al otro lado de la mesa.

Se vió como el doctor Ansauvillers se despedía. Vino a reunirse con la familia de su novia, y les dijo:

—El príncipe Felipe me ha preguntado quiénes eran las personas que iban conmigo. Desea conocer a mi prometida. Pero como no quiere obligarles a que se levanten, ha convenido en que nos detengamos delante de él, al salir, para hacer la presentación.

—¿De modo que aquel es el príncipe? —preguntó Odette.

Miró curiosamente a Felipe de Tesalia, sentado en el *hall* del palacio. Pensaba: «Es omnipotente en su país; se encuentra por enci-



DOS AMIGAS

(Continuación.)

ma de los demás hombres». Sentíase turbada, feliz de serle presentada dentro de un instante, y experimentaba una especie de reconocimiento hacia Mauricio por el pequeño placer de vanidad que iba a procurarle.

El príncipe parecía aburrirse prodigiosamente. Permanecía erguido, con los puños encima de la mesa. Volvía la cabeza para mirar de un modo indiferente los grupos que le rodeaban. A veces movía los labios, contestando, sin duda, al ayuda de campo, del cual sólo se veía la cabeza por encima del respaldo de madera dorada.

Felipe de Tesalia era de aspecto pesado, a causa de su corpachón. Tenía la cabeza grande, de mejillas morenas, bigote cortado al rape, pelo negro lustroso.

A fin de no hacer esperar al príncipe, tomaron el té rápidamente. Mauricio y la señora Angerolle pasaron los primeros, seguidos de Odette y el abogado.

—Monseñor —dijo el doctor—, permitidme que os presente a la señora Angerolle y al señor Angerolle, padres de mi prometida.

Después condujo a Odette ante Felipe de Tesalia.

El príncipe vestía a la última moda: un traje oscuro, de extrema elegancia, que estaba a tono con su pelo negro. Pero el hombre de la Europa oriental se transparentaba por la afición a las alhajas: llevaba una gruesa pulsera de oro en la muñeca derecha y dos anillos en un mismo dedo.

Dirigió un cortés cumplimento a los Angerolle, y después, dirigiéndose a Odette, le dijo:

—¿Es usted quien va a quitarme al doctor de Ansauvillers? Comprendo, al verla, que prefiera su compañía.

Odette exclamó: ¡Oh, monseñor!, sin poder encontrar otras palabras, y bajó la cabeza con el aspecto confuso de una pastora de opereta, cortejada por un marqués. Se encontraba un poco intimidada.

—Su prometido me ha dicho —siguió diciendo el príncipe— que la ceremonia tendrá lugar en abril.

—Sí, monseñor, en abril.

—¿En París?

—Sí, monseñor.

—Pues bien, tendré un verdadero gusto en firmar en su acta de matrimonio.

Se confundieron en gracias y reverencias.

El príncipe se levantó, preguntando:

—Doctor, ¿se queda usted con su familia?

—No, monseñor, Odette y sus padres debían estar de regreso en Menton, antes de la puesta del sol; mi novia, que está un poco delicada actualmente, debe evitar el fresco.

—Le deseo una rápida curación —dijo el príncipe muy amablemente—. Nosotros nos vamos a Niza con el coronel. Venga usted con nosotros, doctor.

Estaban en la escalinata. El auto esperaba.

Mauricio quiso excusarse de dejar tan pronto a los Angerolle y de no acompañarles hasta el coche.

—Vaya, vaya, doctor —dijo el príncipe—. Le esperaré.

Contestó a los saludos de los Angerolle. Poseía una amabilidad que parecía más encantadora que la de los demás hombres de mundo. Se la agradecían más a causa de su rango de alteza real y de ciertas ejecuciones en masa, por medio de las ametralladoras, ordenadas en Tesalia para sofocar una tentativa de revolución.

El y su ayuda de campo se instalaron en el fondo de la *limousine*.

Mauricio, después de acompañar a sus invitados, se perdió en la oscuridad. Iba a reunirse con el príncipe.

—Odette, ¿tienes frío? —preguntó el señor Angerolle.

—No, papá, gracias.

Al principio hablaron con interés de los incidentes de la jornada. Después, poco a poco, sus réplicas se espaciaron. Acabaron por callarse. Cada cual, subiendo más arriba la manta, hundió la barbilla en el caliente abrigo y se hundió en el fondo del coche.

Era ya de noche. Seguían la carretera de la Cornisa. Abajo distinguíanse las luces de las *villas*, diseminadas a lo largo de la costa, lo mismo que dos faros, uno rojo y otro verde, que indicaban la entrada del puerto de Mónaco.

«¿Será jugador?», se preguntaba todavía Odette, recordando la cara de su novio delante de la mesa de juego. ¡Cómo se apasionaba por la ruleta! ¡Cómo parecía conocer todas sus combinaciones! Hubiese querido saber si era o no jugador. Había cambiado, detrás de ella, doscientos francos. Y ganó exactamente quinientos francos. ¡Qué locura!

Se dijo que lo más sencillo era tener una explicación con Mauricio sobre aquella cuestión y prohibirle jugar.

La mayor parte de las muchachas piensan de este modo: creen que los que ellas aman les obedecerán por amor y que todo tendrá lugar según sus deseos. ¿Acaso ellas, siguiendo una inclinación natural de mujer enamorada, no están dispuestas a compartir los gustos, ideas y hábitos de su futuro esposo? Se imaginan fácilmente, con una ingenuidad deliciosa, que habrá reciprocidad, y que los hombres, por efecto de una tierna pasión, llegarán a corregirse de sus vicios. En los primeros tiempos de vida común, el atento espíritu de las recién casadas busca la confirmación de esta idea. La desilusión llega a menudo demasiado pronto.

Odette no se preocupó mucho tiempo de la inquietud que le había causado la actitud de Mauricio.

Cuando tenía culpa, encontraba argumentos para defenderle; cuando no le era posible defenderle, se prometía transformarle. Porque a la edad de Odette no se juzga al novio: se le inventa.

XIX

—¡Mamá! ¡Papá! ¡Ya están aquí los borriquitos!

Habían organizado una gran excursión en burro hasta el pueblo de Santa Inés con el matrimonio Chanay, los Angerolle, Mauricio y la viudita Guillaume.

El lugar elegido para la cita era frente al quiosco, al final de los jardines.

Esta clase de excursiones constituye una gran atracción para la colonia de invernantes de Menton.

Se alquilan los borricos la víspera. Los animalitos esperan la clientela a lo largo de la acera del paseo del Mediodía. Las sillas de cuero o de terciopelo están colocadas encima del parapeto de hierro del muelle. Los propietarios esperan las ofertas. Cada uno lleva en la cabeza una especie de sombrero de paja adornado con un lazo de terciopelo negro. Es lo suficiente para el calor local.

Los borriquitos tienen una mirada dulce, inteligente, melancólica y resignada. Llevan el pelo largo y mal peinado. No tienen esperanza alguna, y la mayoría de ellos se niegan, en absoluto, a trotar. Poseen el aspecto de pensar en otra cosa. Deben de tener una vida interior que no sospechamos.

Eran las nueve. El sol subía lentamente. Y el cielo puro, por encima de las olas, hacía prever un buen día.

La excursión a Montecarlo había fatigado a Odette. Pero ¿a qué confesarlo? Le habrían prohibido aquella divertida excursión en burro. Por otra parte, la joven se encontraba muy animada aquella mañana.

Encontró a Mauricio, los Chanay y la viudita frente al quiosco. Después de los saludos de rúbrica, marcharon todos juntos. El grupo de los excursionistas ocupaba la carretera. Siete guías les seguían.

Cada cual, según su gusto y el capricho de su montura, adoptó una marcha diferente. Odette y el señor Chanay, iban en cabeza; la señora Angerolle, les seguía; después, Susana Chanay y, por último, Mauricio y la señora Guillaume.

Las damas montaban a la inglesa. El señor Chanay, con las piernas colgantes, se dejaba llevar; Mauricio, con las riendas cogidas correctamente y el cuerpo hacia atrás, según las reglas, se esforzaba en guardar una corrección de buen jinete. A veces se volvía, apoyando la palma de la mano en la grupa del borrico, para contestar a Marta Guillaume.

Los Chanay sonreían desde lejos y les hacían señas con las puntas de los dedos. Odette, retrasando el paso de su montura, uniéndose a Mauricio.

Sin querer, al emprender los animales el estrecho sendero que conduce a Santa Inés, la caravana se encontró en el mismo orden de antes: Odette, en cabeza, y Mauricio, en cola, con Marta Guillaume. Se les oía reír.

Después bajó el tono de su voz; hablaban tranquilamente, uno tras otro. De cuando en cuando, Mauricio alargaba los brazos para cojer flores silvestres. Hacía un ramillete, llamaba a Odette, y le hacía señas desde lejos: «¡Para tí!»

Los borricos, con la cabeza baja, marchaban lentamente. Permanecían indiferentes a los golpes de vara que resonaban sobre su grupa y a los taconazos de los jinetes.

El sol estaba muy alto cuando atravesaron el pueblecito gris que desde lejos parece un montón de piedras.

Detuviéronse frente a la posada. Cada cual saltó de su montura. Tenían los miembros doloridos. Iban de un lado a otro de la terraza para desentumecerse.

—¡Qué bonito! —gritó Odette.

Desde aquella altura, en efecto, el panorama se ensanchaba. Descubriase la ciudad de Menton, semejante a una pirámide de casas coronada de un campanario de tejas barnizadas. La campiña, plantada de olivos; las laderas, dispuestas en gradería para el cultivo, y, además, el relieve de las montañas y de las costas, la punta de Bordighera y la inmensa extensión del mar.

Sacaron las provisiones traídas de la ciudad para el almuerzo. El posadero suministró los cubiertos, los vinos y el pan. Las jóvenes, acostumbradas al servicio correcto de sus casas, reían ante aquella comidilla en la montaña. Odette y Mauricio separáronse del grupo. Muy juntitos, apoyándose el uno en el otro, contemplaban el paisaje que se desarrollaba a sus pies.

Durante el almuerzo, Mauricio se encontró colocado entre su novia y la viudita.

Las dos tenían la cara fresca, resplandeciente de alegría.

Pero los ojos de la viuda eran más risueños.

(Continuará en el número próximo.)



Las amigas y los amigos incógnitos



En esta sección, los lectores de MUJER corresponden entre sí; publicamos cuantas comunicaciones se nos envíen, firmadas con seudónimo, con iniciales o con el nombre.

A la desconocida viajera que perdió un «bloc».—No hace mucho, viniendo de Burgos a Madrid, encontré abandonado en uno de los asientos del departamento que yo ocupaba, un «bloc» con dos de sus hojas cubiertas de una letra firme, clara, «simpática», trazada, a no dudar, por una mano femenina. Cometí la indiscreción de leerlas, y se despertó en mí una gran curiosidad, un vivo deseo de conocer a su autora. Desesperaba de conseguirlo. Pero MUJER, la impenderable Revista «tan nuestra», me ofrece, con su sección de «Las amigas y los amigos incógnitos», un medio de lograrlo, en parte, aunque para ello he de ser indiscreta una vez más y he de transcribir unas cuantas líneas —bien a mi pesar serán sólo unas cuantas— de las que tan gratos instantes me proporcionaron.

Ahí van:

«Silencio, quietud, calma. Ni el más leve soplo altera la paz augusta que en torno mío reina; todo es tranquilidad y reposo. Los rayos postreros del sol que muere visten de oro las flores y los prados, siembran de puntos centelleantes la arena de los senderos, encienden en viva llamarada la tersa superficie del río...»

No copio más. ¿Recuerda usted esto, admirada desconocida? Y recordándolo, ¿será tan bondadosa que me perdone las dos indiscreciones por mí cometidas y me envíe por conducto de MUJER su perdón y el permiso para llamarla amiga?

Con toda el alma se lo agradecería quien ya lo es, incondicional, de usted,

MAREL.

Amiga incógnita.—Es en mí la tristeza algo ingénito. Con frecuencia, sin saber por qué, me siento invadida de amargura; y en estos momentos me fastidia toda compañía, me aburre la lectura y me siento torpe para manejar la pluma. Pero tengo un gran confidente: el piano. El, participa de mis tristezas, y, como buen amigo, llora y se queja conmigo, y él, también, con su suave y armónico cantar, adormece mis penas y hasta consigue hacérmelas olvidar.

Un día en que distraída pasaba las hojas de MUJER, se fijaron mis ojos en un título: «Las amigas incógnitas», y se me ocurrió una idea: ¿Por qué no buscar una amiga desinteresada que me aconseje?...

¿La he hallado?...

MARI-ESTELA.

I am fond of the jazz-Band.—Soy un muchacho entusiasta de la aviación, y al verla tan valiente y decidida me prendé de usted; pero, ¡oh fatalidad!, odia los enamorados y no soy americano... Menos mal que no soy turco, sino madrileño, ¡y a mucha honra! Creo podríamos ser buenos amigos, a pesar de todo, y suplico acepte desde ahora la amistad de

UN AVIADOR.

Tengo miedo de que nadie me conteste. Es la primera vez que escribo a personas desconocidas y no sé qué tal maña me dará. Quisiera que alguna o alguno de vosotros se fijara en mis líneas y consintiera en escribir, de vez en cuando, por medio de esta simpática Revista a Mari-Sol. No tengo nada más que diez y siete años, pero os aseguro que me podéis tomar en serio. Yo procuraré comunicaros algo de mi alegría, de mi felicidad... Seré muy puntual en contestar. Hablaremos de muchas, muchas cosas: de nuestra fisonomía física y moral, de nuestra manera de pensar, de nuestras esperanzas y deseos, de nuestros gustos, de nuestras antipatías... En fin: la persona simpatiquísima que me conteste tendrá toda mi amistad y simpatía. Por hoy no doy más señas mías..., espero. Lo mismo me da el sexo; como no nos vamos a conocer de veras...

Digo como al empezar: Tengo miedo...

MARI-SOL.

Sor María del Martirio y del Dolor.—Sus amargas líneas me han inspirado mucha simpatía hacia usted, pues parecen nuestras almas gemelas, tal es la igualdad de nuestros sentimientos; yo también he sufrido y llorado mucho y me he visto en ridículo ante los modernistas por no ocultar mi verdadero amor.

Sin embargo, no me acobardo y sigo exponiendo siempre la verdad de lo que mi corazón siente; haga usted lo mismo, es preciso defender nuestros ideales, y sobre todo el buen amor, pues si las pocas entusiastas que aún quedan no lo defienden, ¿qué será de él? Contésteme y defiéndale. Ahora me dirijo a todas las lectoras y las partidarias del buen amor, que lo defiendan y lo ensalzan; y las contrarias, que le ataquen que ya le defenderemos.

TODA CORAZÓN.

...¿Encontraré entre las muchas personas que colaboran en esta sección una amiga o amigo «verdad»?... es decir, una amiguita o amiguito que me otorgue su amistad sin doblez, sin engaño, sin hipocresía... Es tan grato tener una persona en quien poder confiarse, que hoy la sola ilusión de mi vida es hallar una amiga o amigo incógnito, que, lo mismo que yo, sienta deseos muy grandes de enta-

blar sólida amistad con una desconocida. No soy exigente, así es que la única condición que pongo a mi futura amiga o amigo es ésta: que exista entre nosotros sinceridad..., franqueza..., ¿pido mucho?... No me resta más que añadir que a quien acepte mi amistad le quedaría muy agradecida si me hiciese saber por medio de MUJER su nombre y dirección, pues mi deseo sería sostener correspondencia particular.

...¿Podré mantener en mi alma la ilusión de que mi súplica ha tenido eco?...

Muy cordialmente saluda a su futura amiga o amigo incógnito,

ALMA CRIOLLA.

Lectoras: Amo a MUJER, porque reconozco que es la Revista del hogar que mejor se ha compenetrado de la vida moderna, y todos y todas debemos amarla por que en sí encierra el gusto más delicado de la moda y el pasatiempo.

Doy las gracias a MUJER por el acierto que ha tenido al darnos «vela en el entierro» de la amistad incógnita, donde podremos tener amigas y amigos que no puedan reprocharnos por nuestras faltas físicas.

No obstante mi deseo, de tener amigas, quiero desengañarlas, dándolas a conocer mi mayor defecto que es el de ser horriblemente feo, pero... no dudo que las feas querrán ser mis amigas.

¿Habrá alguna lectora de MUJER que le gusten los hombres feos?

Desearía saberlo para entregarle mi más sincera amistad.

Gracias mil a MUJER y a la mujer que aprecie lo feo.

CRUCIFICADO.

Amiguita desconocida.—Todas las muchachas tenemos una pasión, ¿verdad? ¿Quieres saber la mía? Pues bien: mi pasión son las labores. ¡Si vieras qué cosas tan bonitas hago!

Tú, que seguramente harás grandes primores, quiero que me indiques cómo arreglaría yo un mantón de Manila color canario, que por haberlo prestado está lleno de manchitas.

En el quitamanchas dijeron que teñirle, pero en ese caso pierde los colores del bordado. Yo quiero mejor bordar sobre las manchitas; pero ¿dónde hay seda a propósito en escalas? ¿Se pide seda torzal?

¿Qué labores te gustan más? A mí las lagarteranas, y de ellas los deshilados en fino, en blanco y en colores.

ALMA GAZULES.

A mis amigas incógnitas.—Tengo dentro de mi alma muchas penas... y quisiera que una de vosotras, queridas amigas incógnitas, me las hiciera olvidar poco a poco con una correspondencia franca y entretenida. ¿Hay entre vosotras una que se sienta capaz de ello? Si pudiera ser andaluza, mucho mejor.

ROSA ROJA.

Joven, pero mujer.—Ven acá, querida. Has contestado a mis interrogaciones ganándote el aplauso de la galería. Has examinado las interrogaciones superficialmente, pero al fondo de la entraña de ellas no has querido o sabido llegar. Las apariencias y conveniencias generales parecen darte la razón.

¿Pesimismo yo? ¡Oh, no! Adonde quiera que fui, con luz intensa brillé; a mujeres conquisté y a hombres enloquecí. Por desgracia, por mi mal, he causado admiración; quisiera fueran legión las hembras como yo, ¡igual!

Y, sin embargo, os temo.

¿Prescindir de lo corriente y quedarse en las excepciones?... Pues entonces, hoy por hoy, ya puedes predestinar al género humano al celibato perpetuo y a la soledad individual ídem.

Si tienes alientos para ello, vete donde no te conozcan, ya que por lo visto tienes hermanos, padres, conocidos y amigos más intachables que defectuosos, por lo que consideras las personas casi buenas del todo, casi sin defectos. Yo te felicito por esta dicha, que deseo te dure siempre. Pero ve, digo, si puedes, donde nadie te conozca, sin recomendaciones, y ponte a servir unos días, no más (los que puedas resistir), en varias casas; trabaja en varios talleres, colócate en varios despachos, intenta crearte afectos y amistades, concurre a varios sitios de recreo..., etc. etc., y luego contéstame otra vez. Diferente contestación será, ¡por mi fe cristiana! Pero también será fácil que no sepas dónde radica el mal ni dónde está el remedio.

Y ahora otra pregunta.

¿Por qué una joven pobre, pero hermosa, es amada por ella misma, y otra hermosa y rica queda su belleza casi siempre relegada a segundo término? ¿Por qué la rica hermosa queda entonces en tal caso, en la misma situación que si fuera una fea con dinero?

Nada más por hoy.

PALOMITA SIN HIEL.

CONCURSOS

Este concurso consiste en relatar un bueno y un mal recuerdo (lo pasado) de vuestra vida. En declarar cuáles son vuestras preferencias y antipatías (lo presente). Y en describir un deseo y un temor (lo futuro).

Las respuestas deben venir escritas a máquina o con letra muy clara, por un solo lado del papel y firmadas con un nombre o seudónimo. En este último caso, sería conveniente, pero no lo exigimos, conocer el nombre y señas de la autora, por si resultase premiada.

Nuestro segundo concurso consiste en que las lectoras expliquen, definan o aclaren, el concepto de la palabra flirteo.

Publicaremos todas las respuestas ingeniosas que recibamos, y, para las mejores, concederemos importantes premios.

Para más detalles de estos concursos, véanse los números 1 y 2 de MUJER.

LO PASADO :: LO PRESENTE :: LO FUTURO

1. Un buen recuerdo: Es muy grato para mí el recuerdo de aquella tarde que me suplicó él: «¡Prométeme que no me olvidarás!»

Un mal recuerdo: Lo es peor que malo nuestra inesperada y forzosa separación.

2. Mis preferencias: Todos los pueblecitos españoles, y sus bailes y sus cantares; muchas veces me ha emocionado el oír, al son monótono de una pandereta, el eco triste y misterioso de una canción asturiana.

Mis antipatías: En general, todas las personas hipócritas, y también los espejos; pero éstos, por ser demasiado francos.

3. Mis deseos: Aunque es completamente imposible, deseo que venga pronto y que se confirme mi única ilusión.

Un temor: Que me haya olvidado, y el amor que por mí sentía lo posea el corazón de otra mujer. ¿Serán ciertos mis temores?

ENSUEÑOS.
Valladolid.

1. Un buen recuerdo: Lo tengo del día que recibí su primera carta, por la que veía realizadas mis esperanzas.

Un mal recuerdo: El peor de mi vida es el del día que se separó de mí para ir a cumplir un sagrado deber, dejándome en el mayor desconsuelo.

2. Mis preferencias: Por todo lo que sea ilustrarme, y lo «elevado» y sublime.

Mis antipatías: Son por aquellas que todo lo ven negro y quieren echar por tierra nuestras ilusiones, aun cuando, como en mi caso, no lo consigán.

3. Un deseo: Volver a reanudar mi interrumpida felicidad; es el único que tengo, y éste llena toda mi vida.

Un temor: ¿Qué temor voy a decir, si no tengo ninguno? Mientras Dios quiera conservármelo a «él», no temo a nada; su cariño ha de alejar de mí todos los sufrimientos y penas.

OFELIA.

1. Un buen recuerdo: Guardo muchos; pero quizá el más grato sea el de un viaje hecho en circunstancias especialísimas. ¡Ay, qué viajecito!

Un mal recuerdo: Tampoco son escasos los que conservo. Acaso se lleve la palma el de mi primer fracaso sentimental.

2. Mis preferencias: Los buenos libros, los buenos cuadros, las buenas esculturas y... la charla agradable.

Mis antipatías: Las concentro todas en los malos españoles y en los superhombres de tres al cuarto que ponen en solfa a la mujer si no se resigna a ser un instrumento de placer o una bestia de carga.

3. Un deseo: Que cambie poco mi vida. Las novedades me asustan.

Un temor: Que se altere la paz de que disfruto.

MAREL.

1. Un buen recuerdo: El día que subí en un aparato con el aviador más guapo que he visto en mi vida.

Un mal recuerdo: Cuando descendía.

2. ¿Cuáles son mis preferencias? ¡Son tantas! Volar, montar, el «tennis» y, sobre todo, los «Regulares».

Mis antipatías: Los hombres rubios y los que usan gafas.

3. Deseo hacer el viaje de novios en avión.

Un temor: Que no se realicen mis sueños y morir joven.

PON PON.
Ceuta.

1. ¿Buen recuerdo? Muchos y kolosales.

¿Mal recuerdo? Idem de ídem.

2. ¿Mis gustos...? ¡Quién lo diría!

¿Mis antipatías? Los seres indiferentes y cruetes con toda clase de animales; los que maltratan a los niños; los que no respetan a los ancianos; los que envidian la felicidad ajena; los persuadidos de que tiene que haber mendigos y desgraciados materiales; los que se mofan de la realeza y aristocracia espirituales; los que adoran el dinero sobre todas las cosas; los amantes del *dolce far niente*; los medias tintas; los novios y novias y los esposos que no aman mucho y bien y respetan a sus respectivos suegros; los suegros que no pueden tragar a sus yernos y nueras.

3. ¿Mis deseos? Han sido muchos también, y casi, casi, todos colmados. Tanto es así, que ya perdono los contados que me quedan por realizar en gracia a los que he tenido satisfechos hasta la

saciedad, si no puedo alcanzarlos. Dicen que sin deseos es la vida aburrida. ¡Qué disparate! Precisamente cuando ya no se desea nada, por haberlo obtenido todo, se siente la misma beatitud y dulce y risueña alegría que cuando se disfruta de envidiable salud y vigor generales. ¡Ahí es nada tener todas las hambres saciadas! Es el premio que Dios nos concede a los que hemos vivido intensamente.

¿Mis temores? Lo temi todo un día, y, pese a mis temores, pasé por las pruebas que al Destino le plugo enviarme. Así que no temo ya nada. Sé que me aguardan aún muy malos tragos; pero los acepto resignada de antemano, pues sé que a todos nos toca pasar por el mismo caso, queramos o no. Así, los aguardo dispuesta a esconder mi dolor y mis lágrimas, pues no tengo derecho a entristecer a los demás, así como cuando les llegue el turno de sufrir a los demás deseo que no me hagan sufrir por ellos lo que ya, en justa proporción, haya sufrido yo cuando las tragedias de la muerte, las únicas ya que espero, me hayan obligado, por mi parte, a pagarle el debido tributo de lágrimas, emoción y tristeza por el no ser de los seres que quiero o por el presentimiento de la propia extinción

PALOMITA SIN HIEL.
Valencia.

1. Un buen recuerdo: ¡Se olvidan tan pronto! Si es que puedo separarlo de las infinitas amarguras de mi alma, recuerdo el día que, después de dos meses de incesante sufrir, recibí su carta prometedora de una felicidad sin límites...

Un mal recuerdo: ¡Tan reciente está todavía! Aquel día que, por rara casualidad, vino a mis manos el diario en el que, en gruesos caracteres, aparecía su traición sin lugar a duda.

No lo puedo olvidar; quedé suspensa, sin espíritu, como si mi alma, al arrancarle su felicidad, hubiera huído del cuerpo... Tal huella deja en mí este recuerdo, que me hace insensible a cuantos pudieran cernir sus garras sobre mí.

2. Mis preferencias: Por todo lo noble y bueno. Las personas que dan alto vuelo a sus pensamientos. La música espiritual, del alma, y, en general, todas las bellas artes.

Mis antipatías: Las personas en las que la materia se sobrepone al espíritu; los que reniegan de la religión y los que cubren con el manto de la verdad la fea mentira.

3. Un deseo: Encontrar quien haga eco a mis pensamientos, a mis ideales; estudiar y trabajar mucho para llegar a ser útil a cuantos me rodean. También..., también sueño con una casita en la que todo hable de mí, que cada objeto lleve algo de mi alma, y que en las dulces horas de paz, un nenito me sorprenda y con sus manecitas cubra mis ojos, regalando mi oído con la dulce vocecita: «¿Adivinas quién soy?».

Un temor: Perder la ilusión y la paz divina del alma, que es la que puede subsistir aun en medio de las desgracias de la vida.

VITTYNA MORAIS.
San Sebastián.

¿QUÉ ES FLIRTEO?

Flirteo es el irresistible deseo de alumbrarnos y descubrirnos mutuamente los rincones secretos del corazón, el departamento donde residen los misterios del sexo, la voluptuosidad de la materia entre dos personas generalmente de distinto sexo. Cuando no puede ser así, se hacen estas confidencias de joven a joven y de joven mujer a joven mujer. Pero siempre pensando en el ser ideal que es el que no sabemos dónde está, ni es el que nos escucha, casi nunca.

Cuando se encuentran los dos seres que se complementan en sus ansias pasionales, en modo alguno hay flirteo. Se lo dicen todo, desde lejos, con los ojos, y de cerca, con el suave y cariñoso roce de sus manos enlazadas, y en ambas demostraciones hay un millón de veces más emoción, que en el flirteo más deliciosamente peligroso y pícaro.

Pero... cuando no se tiene la dicha de haber encontrado nuestra media naranja, si se es mujer, se simula coquetería y se flirtea, o se busca en la amistad de una amiga desahogar, hablando sin cesar de los hombres y de nuestra especial manera de ser; y si se es hombre, se finge frivolidad, donjuanismo, o se hacen camaradas inseparables y comunicativos ellos con ellos. En suma: flirteo es el ansia de ilusionarnos y exaltarnos, sin poseer, ni saber dónde se halla la persona que puede apagar el fuego que ella misma encendiese en nosotros.

Y se dan algunos casos, muy pocos afortunadamente, en que flirteo es para algunos seres la manera de entretenerse en encender volcanes que no quieren ya de antemano apagar en modo alguno. Eso les divierte. Son almas degeneradas.

PALOMITA SIN HIEL.
Valencia.

Juego astuto de amor que emplea la mujer para hacer creer al hombre lo que su corazón no siente, consiguiéndolo casi siempre, aunque algunas veces es ella la que resulta engañada por haber amado al fin, mientras él sólo piensa en flirtear.

ENSUEÑOS.
Entusiasta lectora de MUJER.
Valladolid.

CORRESPONDENCIA

OFELIA.—Olvidan usted y HAMLET que este Concurso está abierto a nuestras lectoras exclusivamente.

PASATIEMPOS

Gran Concurso de PALABRAS CRUZADAS ILUSTRADAS

PREMIOS

por
Pesetas **1.000** en
metálico

- 1.º =500 pts.=500 pts.
- 2.º =200 pts.=200 pts.
- 3.º =100 pts.=100 pts.
- 4.º a 7.º = 25 pts.=100 pts.
- 8.º a 17.º =10 pts.=100 pts.

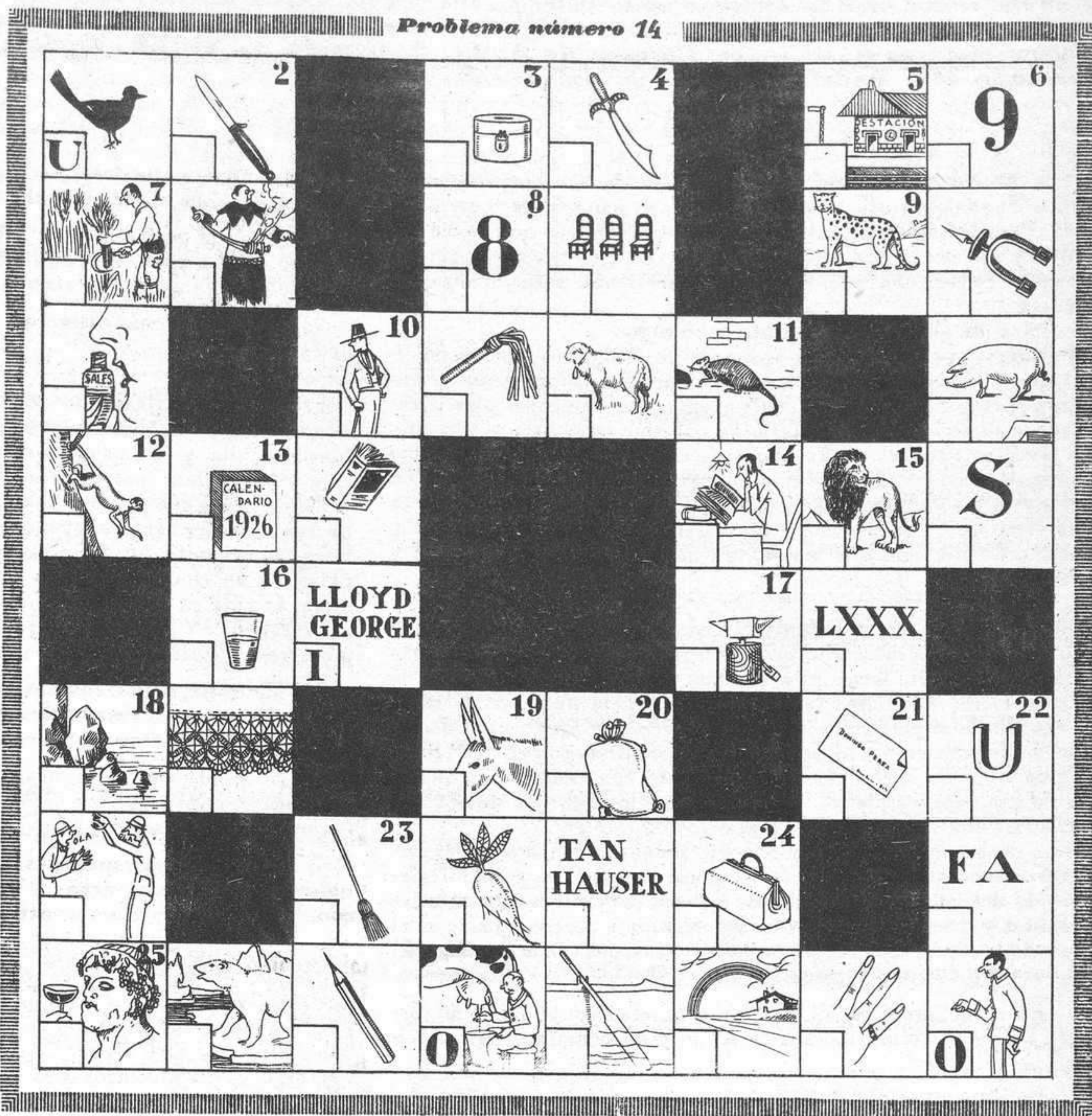
Total 1.000 pts.

El entretenido pasatiempo de las PALABRAS CRUZADAS, difundido por el mundo entero con inusitada rapidez y éxito sin igual, consiste en una figura (rectangular o no) hecha con cuadrados blancos y negros. Los blancos corresponden a letras que forman palabras. Los negros son puntos de división entre unas y otras palabras. Hasta ahora se daba como orientación para buscar las palabras una alusión a su significado, hecha no sólo con deliberada vaguedad, sino con propósito de despistar o dificultar la solución. Declase, por ejemplo: «Se usa para pescar», y la palabra resultaba ser MANO, que, en efecto, se usa para pescar, y también para dar energicos puñetazos... Por primera vez en España damos nosotros las PALABRAS CRUZADAS ILUSTRADAS. En ellas cada cuadrado contiene un dibujo representando un objeto cuya primera letra corresponde con la del cuadrado mismo. Trátase, pues, de adivinar qué representan los dibujos contenidos en los cuadrados y de ir colocando las letras correspondientes en los cuadraditos en blanco colocados a la izquierda de cada cuadrado.

Las letras deben formar palabras no sólo en sentido horizontal, sino en el vertical también.

Las palabras empiezan siempre en un cuadrado de esquina o desde un cuadrado numerado. Terminan siempre en un cuadrado de esquina o en un cuadrado negro. Nunca una palabra continúa de una línea a otra.

Sólo van sin número aquellos cuadrados que encierran en sí toda la palabra. Para facilitar la solución, se indica en algunos cuadrados la letra que les corresponde. Se advierte que entre estas palabras cruzadas hay a veces algunas abreviaturas muy conocidas como: S. M. - Pts. - R. A. - R. O. - etc.



Condiciones del Concurso

- 1.º Consta de catorce problemas que se publicarán simultánea y semanalmente en MUJER y en CHIRIBITAS, revistas ambas de la Editorial «Saturnino Calleja», S. A. El Concurso es único para las dos revistas, pero basta con ser lector de una de ellas para poder tomar parte en él. El mismo problema se publicará los miércoles en MUJER y los sábados en CHIRIBITAS.
- 2.º La solución de cada problema se escribirá en los cuadrillos blancos que hay para ese objeto a la izquierda de cada cuadro grande.
- 3.º Las catorce soluciones se enviarán juntas al final del Concurso. Las que se envíen sueltas serán desechadas.
- 4.º Cada lector podrá enviar una o varias series de soluciones a los

catorce problemas si encuentra varias que se ajusten exacta o aproximadamente a los dibujos publicados. Si envía varias lo hará en sobres separados.

5.º Un concursante no podrá obtener más de un premio.

6.º Las soluciones se habrán de escribir con claridad y precisamente sobre el dibujo recortado de una de las dos revistas MUJER o CHIRIBITAS. Las que se reciban confusas o hechas sobre calcos, etc., serán desechadas.

7.º Los premios serán adjudicados en todo caso; si nadie envía soluciones completamente exactas, los premios serán—por su orden—para aquellos cuyas soluciones se aproximen—por su orden también—a la exactitud. En cambio, si hubiese varios concursantes que enviaran todas las soluciones exactas o con igual aproximación, el premio se dividirá o se

sorteará, según lo que, a juicio del Jurado, proceda, en vista de la cantidad y circunstancias de los concursantes cuyas soluciones coincidan.

8.º Los nombres de los premiados se publicarán en MUJER y en CHIRIBITAS tan pronto como se hayan podido clasificar las soluciones recibidas.

9.º El plazo para enviar las soluciones caducará dos meses después de publicado el último problema.

10.º No se mantendrá correspondencia acerca de este Concurso. Tomar parte en él supone someterse a sus condiciones y renunciar a toda posible reclamación.

11.º Ningún redactor de CHIRIBITAS ni de MUJER, ningún empleado de la Editorial «Saturnino Calleja» podrán ser premiados en este Concurso.

JEROGLÍFICO FRASE VULGAR

TUPI R A V L O N
2 A 2

PROBLEMA

A una mujer le pasa una cosa; si a esa cosa le agregamos una nota musical, tendremos la causa de esa cosa, y si a esta causa le

interponemos otra nota musical, veremos que vale la pena. ¿Cuál es la cosa, cuál la causa y por qué vale la pena?



En esta sección, MUJER contesta a las consultas que le hagan sus lectoras respecto a la moda, el hogar, los cuidados de la belleza, la pedagogía, la cocina, la puericultura, así como la vida cultural, sentimental, etc., etc. Estas consultas deben dirigirse por carta a la redactora encargada de esta Sección: **Carmen de Avila, Redacción de MUJER, Revista del Mundo y de la Moda. Apartado 447, Madrid.** Se contesta por riguroso orden de recepción.

FLOR DE NIEVE.—¡Bravo! Pero desconfíe de ese entusiasmo de neófita. Si adelgaza con excesiva rapidez, se pondrá fea y se debilitará. Para fortalecerla le darán inyecciones de esas que hacen engordar, y entonces..., ¡la catástrofe! No se esté tantas horas sin tomar nada. Entre comidas y en ayunas coma fruta: peras, manzanas, naranjas.

Su letra me gusta; sinceramente se lo digo.

No tengo inconveniente en indicarle aquí algunos títulos de libros que me parecen propios para su edad e interesantes. Pero como sus lecturas de ahora pueden tener una influencia considerable sobre su espíritu y su cultura, no quiero contestarla al tun tun, sino meditar detenidamente sobre este asunto. Le pido, pues, una semana de plazo, y en el próximo número hallará usted la lista tan amablemente solicitada. Gracias mil por ese adorable ofrecimiento de su amistad. La acepto con gratitud, sintiendo no poder ofrecerle, a cambio de ella, más que la mía, tan modesta, pero eso sí, leal y sincera.

FRIVOLINA.—1. Si me permite usted un consejo le diré: ¡no se tiñal. En todo caso, mástarde, cuando tenga canas; ahora, esto sería una equivocación. Conozco a muchas morenas bellísimas que se han convertido en rubias feas. Créame, el pelo negro nada tiene que envidiarle al pelo rubio; piense también que luego será demasiado tarde para volver al pelo su color primitivo, so pena de tenerlo de un horrible tono intermedio durante una temporada, que se hace interminable; y piense, en fin, que el color del pelo debe estar en armonía con su calidad y con el color de la piel.

Si no desiste de su idea, entonces le aconsejo el *henné*; es el mejor procedimiento; es inofensivo, e incluso beneficioso, pues fortalece la raíz del pelo y da a éste unos reflejos cobrizos mucho más interesantes y discretos que el oro agresivo, que se consigue con el agua oxigenada. Desde luego, debe dirigirse, para la aplicación del *henné*, a un peluquero experimentado.

2. En el número 6 de MUJER, en esta misma sección, en mi respuesta a *Flor de Nieve*, hallará usted un plan completo para adelgazar.

3. En el número de MUJER, de la semana pasada (pág. 20), damos recetas insuperables para blanquear la piel.

4. Sinceramente, me parece un poquito torpe o añorada; con mucha práctica perderá usted, seguramente, este defecto, que, se lo aseguro, carece de importancia. La letra es algo muy secundario, y prueba de ello es que casi todos los grandes hombres tienen una letra feísima. La de usted, por lo menos, es clara y simpática.

MARÍA MERCEDES.—1. Por la noche, no me parece higiénico. Mejor de día, un par de horas. Sí, a la larga, afinan un poco.

2. Los baños calientes ponen la carne flácida. Los fríos la convienen a usted mucho más. Si desea un plan completo, vea el número 2 de mi respuesta a *Frivolina*.

3. Si es naturalmente rizado, el agua de colonia coopera ciertamente a la ondulación. Si no, el único procedimiento conveniente es el de las tenacillas Marcel o la electricidad.

UNA LECTORA DE MUJER.—Dése suavemente unos masajes por las noches, al acostarse, con aceite de almendras dulces, ¡pero no deje de reír! Conserve su alegría como un tesoro inestimable; es una de las cualidades más raras de hallar en la mujer; es una de las más apreciadas por los hombres..., aun cuando no lo confiesan.

MARÍA TERESA O.—Zaragoza.—1. Como me parece materialmente imposible reducir la estructura misma de las caderas, lo mejor es ensanchar los hombros, puesto que los tiene demasiado estrechos, por medio de gimnasia sueca, bien entendida y cuidadosamente dirigida.

2. No le importe ser algo baja; aunque esto no puede remediarse efectivamente, puede disimularse a fuerza de habilidad y entendimiento en el vestir. Respecto a este particular, ya que tiene todos los números de MUJER, lea la crónica de Madame Martine Rénier, en el núm. 7.

3. En torno a los ojos, dése por las noches suaves masajes con aceite de almendras dulces. Notará una mejoría notable.

4. Para la piel, hallará en este mismo número (pág. 22) recetas insuperables.

5. Para blanquear manos y brazos, vea en el número de la semana pasada los consejos y recetas de la pág. 20.

6. Para las pestañas, dése por las noches aceite de ricino, o vaselina esterilizada y corte usted las puntas cada tres o cuatro meses.

7. Si insiste en ello, le enviaré particularmente algunos nombres

de ese producto que desea, advirtiéndola que no conozco ninguno perfecto; lo más eficaz es la electricidad.

8. Domará perfectamente esos pelillos rebeldes de la ceja con un poco de zaragatona. Hace usted muy bien, no teniendo necesidad de ello, en no querer recurrir a la depilación.

9. El perfume más discreto y adecuado a su edad, me parece que es el de lilas.

LECTORA DE MUJER.—1. Si está usted absolutamente segura de quererle, sí, debe olvidar aquello, o por lo menos no volver a hablarle de ello, a él. Los celos de usted son quizá lo que más coopera a esa fatuidad, que es, efectivamente, uno de los defectos más desagradables que pueden darse en los hombres; es también uno de los más frecuentes..., y nosotras tenemos buena culpa de ello. Pero por su carta, me temo que ese gran cariño de usted sea simplemente un «tonto». Tenga cuidado de no confundir; el comprometer la vida es una cosa demasiado seria para tomarlo a «broma de veraneo». Y perdóneme que le hable con una franqueza a que me mueve el principio, tan conmovedor, de su carta.

2. Me es imposible contestar a esta pregunta sin saber si esos granos tienen una causa puramente externa o interna: malas digestiones, bilis, impureza de la sangre, etc., etc.

3. Si me manda sus señas, le indicaré una pasta para las uñas que supera, a mi entender, a cualquier esmalte. Sí, existen aparatos especiales y bastante eficaces, a la larga.

4. No, de ningún modo, a no ser que tenga usted la piel blanquísima. Sus colores deben ser principalmente amarillo, rojo, negro, blanco, ocre y ciertos matices de malva.

5. Estos fomentos se hacen con un poco de algodón en rama empapado en manzanilla caliente—todo lo caliente que pueda soportar—, y aplicados a los ojos hasta que note usted una disminución del calor. Entonces los vuelve a mojar y se los vuelve a poner hasta tres o cuatro veces. Conviene hacerlo por la mañana al levantarse. Estos fomentos son *siempre* inofensivos. Puede sustituir el aceite por vaselina esterilizada; lo mismo da. Además, córtese las puntas tres o cuatro veces al año. Esto es más eficaz que nada.

6. Se siguen llevando de seda, y también a mí son las que más me gustan. El color es ocre.

7. Sí, por las mañanas, siguiendo las instrucciones de métodos especiales para ello. Si desea un plan completo, lea en el núm. 6 de MUJER mi respuesta a *Flor de Nieve*.

8. La raya a un lado y una onda sobre la frente. Se lleva mucho ahora, y afina la cara.

POÚN.—No veo el medio de engordar precisamente los tobillos como no sea llevar varias medias sobrepuestas. Puesto que es usted tan delgada, lo mejor sería someterse a un régimen para engordar. Vea para ello mi respuesta a *Musa de Fuego*, en el núm. 10 de MUJER.

Pura, no debe usarse nunca la glicerina. Mezclándola con zumo de limón, agua oxigenada, agua de rosas y unas gotas de tintura de benjuí, blanquea, a la par que suaviza la piel. En este mismo número (pág. 22) tiene usted recetas de cremas excelentes. Elija la que más convenga a la calidad de su piel, según sea ésta grasienta o seca.

NIEVE Y FUEGO.—Ante todo, un millón de gracias por las amabilidades que me dedica. ¡Qué más quisiera yo que merecer tan halagadora estimación!

Y ahora la felicito por su alegría; con toda mi alma deseo que la conserve toda la vida, que nada la enturbie jamás.

La letra es muy bonita, distinguida, graciosa y de persona espiritual. Pero... un consejo: no la incline tanto hacia la izquierda, porque los grafólogos ven en ello un signo (se lo suplico, no se incomode por esta sinceridad mía) de... disimulo.

En cuanto a lo de adelgazar, me niego rotundamente a contestarla; sus padres tienen sobrada razón; usted no debe adelgazar de ningún modo; está perfectamente proporcionada y lo único que debe hacer es *conservar* esa línea estupenda. Para ello, le bastará con tomar algunas precauciones, tales como no abusar de féculas ni golosinas; llevar siempre una buena faja, y, sobre todo, no dejar ningún día de andar una o dos horas. Incluso le afirmo que, aun cuando engordara tres o cuatro kilos, esto, con la estatura que tiene usted, carecería en absoluto de importancia.

A. M. E.—Voy a leer *eso* con todo detenimiento y con todo el interés y la simpatía que me inspira su gentilísima carta. En el número próximo la contestaré con sinceridad, que es de la única manera que yo soy capaz de hacerlo, sobre todo a una *amiga* tan encantadora como es usted.

UN LIBRO ADMIRABLE

COLECCIÓN

DE CUATROCIENTAS CUARENTA Y NUEVE REPRODUCCIONES DE

CUADROS, DIBUJOS Y AGUAFUERTE

DE

DON FRANCISCO DE GOYA

PRECEDIDOS DE UN EPISTOLARIO DEL GRAN PINTOR Y DE LAS NOTICIAS BIOGRÁFICAS PUBLICADAS POR D. Francisco Zapater y Gómez EN 1860

LA PINTURA ESPAÑOLA es la más alta contribución de nuestro país al Arte universal. Greco, Velázquez, Mora es, Zurbarán, Ribera, Pantoja, Murillo, Coello y tantos otros nombres inmortales, son glorias que a la Humanidad ha dado el suelo español. Entre todos, con luz propia y luz singular, se destaca el genialísimo aragonés Don Francisco de Goya. Su personalidad crece sin cesar a lo ancho del concepto popular y a lo profundo de la estimación técnica. Goya es cada día más estudiado, más y mejor enaltecido. Su bibliografía, incesante y creciente.

No ofrecemos en este libro la figura de Goya a través del criterio particular de tal catedrático eminente o de tal crítico profesional. Ofrecemos, si se nos permite la expresión, a Goya mismo; así pintaba; y presentamos cerca de quinientas reproducciones de su

obra inmensa; así vivía; y damos su biografía más fidedigna; así era; y damos un epistolario en el que palpita con toda la pujanza original y atractiva de su temperamento irresistible.

Pretendemos, pues, que nuestro libro es el más goyesco de los libros sobre Goya, el más auténtico y directamente goyesco. Los diversos lectores obtendrán, por ventura, interpretaciones diversas de Goya; pero serán suyas: derivadas, sin intermediario, del mismo cauce original.

Tipográficamente, el libro es obra admirable que sólo por dicho aspecto se recomendaría. Impreso por procedimientos hasta ahora desconocidos en España, el libro resulta un álbum bellísimo, en el que los cuadros de Goya destacan perfectamente sus valores.

UN TOMO de 485 páginas, impreso en **estampa fototípica** sobre magnífico papel **couché mate**. Encuadernación en antilope fino con planchas de bronce grabadas a mano, según dibujo original, protegida por una sobrecubierta de papel muy resistente.

50 PESETAS

JUAN DE LA ENCINA

LOS MAESTROS DEL ARTE MODERNO

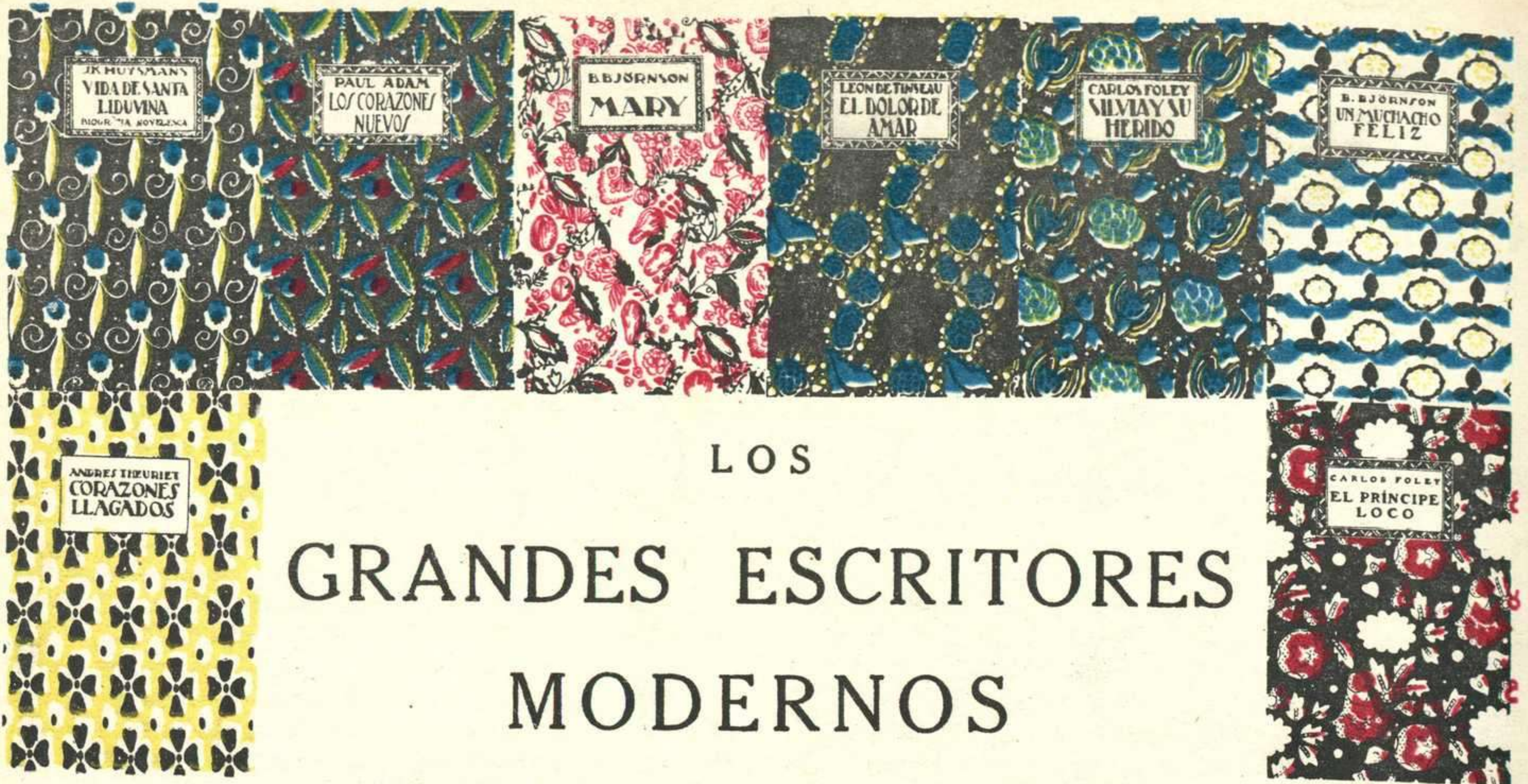
ESTUDIO Y REPRODUCCIONES (EN MAGNÍFICAS LÁMINAS FUERA DE TEXTO) DE LAS OBRAS DE

INGRES, COROT, DELACROIX, COURBET, PUVIS DE CHAVANNES, MEUNIER, MANET, ROPS, DEGAS, WHISTLER, FANTIN LATOUR, RODIN, ODILON REDON, MONET, PISSARRO, SISLEY, RENOIR, CÉZANNE, GAUGUIN, CARRIÈRE, VAN GOGH, TOULOUSE LAUTREC

Conocida y bien fundada la reputación del ilustre crítico de Arte JUAN DE LA ENCINA, no hay que encomiar el interés de este libro, en el que, con su claro y agudo juicio, describe la obra de los grandes precursores, cuya estela encontramos en cada manifestación del Arte contemporáneo.

UN TOMO DE 150 PÁGINAS, CON 45 LÁMINAS EN PAPEL COUCHÉ EN RÚSTICA, 12 PESETAS. EN TELA, 14,50 PESETAS

EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A., Apartado 447. — MADRID



LOS
GRANDES ESCRITORES
MODERNOS

LAS MEJORES NOVELAS DE LA LITERATURA CONTEMPORÁNEA

TRADUCCIONES IRREPROCHABLES POR CONOCIDOS ESCRITORES

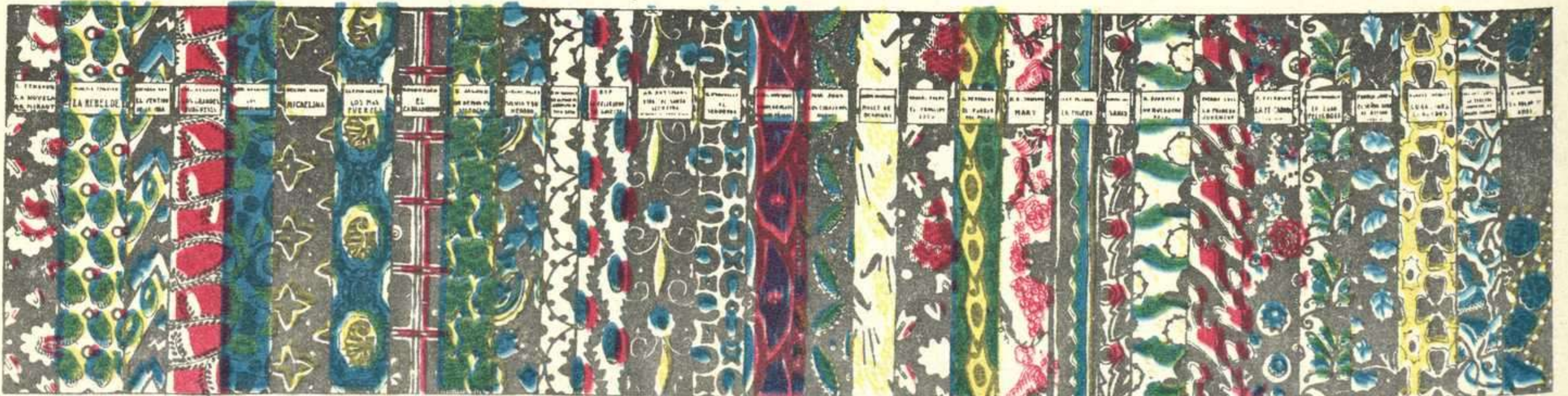
COLECCIÓN INDISPENSABLE PARA TODAS LAS PERSONAS DE BUEN GUSTO QUE DESEEN CONOCER LA MEJOR LITERATURA EUROPEA

Tomos de 300 a 400 páginas, en rústica.

TÍTULOS PUBLICADOS

	Pesetas.		Pesetas.
* 1. B. NJÖRNSON: <i>La pescadora</i>	4,50	* 15. CARLOS DERENNES: <i>El pueblo del polo</i>	4,50
* 2. J. K. HUYZMANS: <i>Vida de Santa Liduvina</i>	4,50	16. ABEL HERMANT: <i>Los grandes burgueses</i>	4,50
3. PAUL ADAM: <i>Los corazones nuevos</i>	4,50	17. ABEL HERMANT: <i>Los transatlánticos</i>	4,50
4. KARIN MICHAELIS: <i>La edad peligrosa</i>	4,50	18. MARCELA TINAYRE: <i>La rebelde</i> ..	4,50
* 5. FRANCIS JAMMES: <i>El señor cura de Oxeron</i>	4,50	19. GYP: <i>La felicidad de Ginette</i>	4,50
* 6. JORGE RODENBACH: <i>Museo de Beguinas</i>	4,50	20. JORGE RODENBACH: <i>El carillero</i>	4,50
7. EDUARDO ROD: <i>El sentido de la vida</i>	4,50	21. B. BJÖRNSON: <i>Un muchacho feliz</i> .	4,50
8. B. BJÖRNSON: <i>Mary</i>	4,50	22. LUIS PERGAUD: <i>La novela de «Miraut», perro de caza</i>	4,50
9. LEON DE TINSEAU: <i>El dolor de amar</i>	4,50	23. A. TEURIET: <i>Corazones llagados</i> .	4,50
* 10. HECTOR MALOT: <i>Micaelina</i>	4,50	24. PIERRE LOTI: <i>La primera juventud</i> .	4,50
11. CLEMENCEAU: <i>Los más fuertes</i> ...	4,50	25. ENRIQUE DE REGNIER: <i>La ilusión de heroísmo de Tito Bassi</i>	4,50
12. PIERRE LOTI: <i>La tercera juventud de Madama Endrina</i>	4,50	26. ABEL HERMANT: <i>Confidencias de una pájara</i>	4,50
* 13. CARLOS FOLEY: <i>Silvia y su herido</i>	4,50	27. G. H'HOVILLE: <i>El seductor</i>	4,50
14. ARTSEBECHEF: <i>Sanin</i>	4,50	28. E. JALOUX: <i>Lo demás es silencio</i> ..	4,50
		29. JUAN PSICHARI: <i>La prueba</i>	4,50
		30. CARLOS FOLEY: <i>El príncipe loco</i> .	4,50

(Se marcan con asterisco los libros que pueden dejarse en todas las manos.)



DE VENTA EN TODAS LAS LIBRERÍAS
EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A., APARTADO 447.—MADRID